Aquí vivimos
Crónicas de la incultura

Carlos Moncada Ochoa

Crónica
Concurso del Libro Sonorense/2011

Carlos Moncada Ochoa

Cd. Obregón, Sonora 1934

Es el escritor más polifacético de Sonora: cronista, historiador, ensayista, narrador, con premios estatales y nacionales en esos géneros.

En 2013 celebra 60 años de ejercicio periodístico, del *Oficio de muerte*, como ha titulado su obra estremecedora editada por Random House Mondadori-Grijalbo en 2012. Las experiencias cosechadas en estas décadas se suman a sus vivencias de viajero, de profesor universitario y de gran lector, para imprimir características singulares a sus libros, que superan los 30 títulos.

Recibió el Premio Estatal de Periodismo 2001 por trayectoria periodística y, entre otros, reconocimientos de la Universidad de Sonora y de la Universidad del Noroeste al cumplir 50 años en el periodismo, y del Gobierno del Estado por sus logros literarios, en la Feria del Libro 2008.

Está a punto de concluir la obra *Diccionario histórico y biográfico de la Universidad de Sonora*.

Carlos Moncada Ochoa

AQUÍ VIVIMOS
CRÓNICAS DE LA INCULTURA

Carlos Moncada Ochoa

AQUÍ VIVIMOS
CRÓNICAS DE LA INCULTURA

Crónica

Instituto Sonorense de Cultura

Aquí vivimos
Crónicas de la incultura
Carlos Moncada Ochoa
Obra ganadora del Concurso del Libro Sonorense 2011
Crónica
Primera edición, 2013

ISBN: 978-607-7598-53-4

Gobierno del Estado de Sonora

Lic. Guillermo Padrés Elías
Gobernador Constitucional

Mtro. Jorge Luis Ibarra Mendívil
Secretario de Educación y Cultura

Lic. María Dolores Coronel Gándara
Directora General del Instituto Sonorense de Cultura

Lic. Ignacio Mondaca Romero
Coordinador Editorial y de Literatura del ISC

Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

Rafael Tovar y de Teresa
Presidente

Diseño editorial y gráfico: Editorial Garabatos;
portada, Mario Pecord; interiores, Raúl O. Leyva T.
Imagen de portada: *El Pensador* de Augusto Rodin
Fotografía de solapa: Archivo del autor
Revisión de texto: Gabriela Soto

® Instituto Sonorense de Cultura
Ave. Obregón No. 58 Col. Centro
Hermosillo, Sonora, México C. P. 83000
publicaciones@isc.gob.mx

Impreso en México
Printed in Mexico

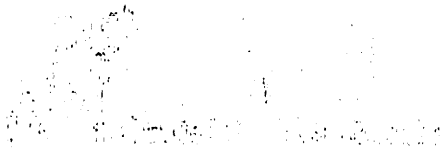
Queda prohibida, sin autorización escrita del titular
de los derechos de esta edición, su reproducción
por cualquier medio, en todo o en parte.

Hay dos maneras de avanzar hacia la culturización de la sociedad sonorense y de cualquiera otra: exaltar y difundir los logros de escritores y artistas, o poner de relieve los tropezones y los fracasos, es decir, buscar enseñanzas en los errores. He escogido el segundo camino porque me parece el más divertido.

Si alguien considera que en alguna de estas crónicas se me ha pasado la mano en la ironía, anticipo que no ha sido mi intención ofender ni molestar.

En cualquier caso, se me debe exonerar de culpa porque toda la información que se maneja aquí es verdadera.

1
Histórico o histérico



Con perdón suyo, don Francisco Almada

Es inmensurable lo que debemos a los historiadores de Sonora. Son como la Biblia para quienes nos interesamos en conocer cada vez mejor a nuestra tierra. Si deseamos saber algo de un prohombre que ha actuado hasta la mitad del siglo XX, abrimos el diccionario sobre Sonora de don Francisco Almada, y caen, abundantes, las gotas de sabiduría. Ignacio W. Villa, Fernando Pesqueira, Juan Antonio Ruibal Corella e Ignacio Almada Bay nos regalan certezas en las páginas de sus obras. Luego de leerlas, salimos al mundo ciertos de que llevamos con nosotros la Verdad, con mayúscula.

Sin embargo, no es bueno confiar por completo.

En el *Diccionario histórico, biográfico y geográfico* de don Francisco R. Almada leo que Francisco T. Dávila fue autor de una obra titulada *Sonora histórico descriptivo,* "que se imprimió en Nogales el año de 1891". Luego fue Dávila a radicarse a Guaymas.

Avanzo hacia las últimas páginas y encuentro que Pedro N. Ulloa, chihuahuense radicado en Hermosillo, fue autor de *Sonora histórico y descriptivo* "que se editó en 1910", esto es, 19 años después que la primera. ¿O es la misma?

Ulloa escribió en 1909 *El Estado de Sonora y su situación económica al aproximarse el primer centenario de la independencia nacional,* que no consigna el *Diccionario.* El Gobierno del Estado publicó la segunda edición en 1993, en la colección *Los frutos del desierto.* Los editores, incluido el prologuista Ernesto de la Peña, no se molestan en informar la fecha de la primera: 1910. Curiosamente, la colección se quedó en aquel *fruto del desierto.*

Hay quienes aseguran que incurrió en otras fallas el eximio señor Almada, pero por respeto al esfuerzo que invirtió en Sonora, y floreció en su consultadísimo *Diccionario,* sólo agregaré otra.

De don Adolfo de la Huerta escribe que en 1923, luego de negar varias veces que tuviera aspiraciones a la Presidencia, renunció a la Secretaría de Hacienda:

> (...) y se lanzó a la oposición catorce días después sin importarle sus declaraciones anteriores y el precepto constitucional que lo incapacitaba para volver a ocupar la Presidencia de la República.

No había precepto en la Constitución que le impidiera buscar la Presidencia luego de haberla ocupado en el segundo semestre de 1920 como mandatario interino. Don Francisco, quien no oculta su tirria política hacia don Adolfo, se apoya para hablar de incapacidad en el texto del Artículo 83 que estaba en vigor cuando redactaba su *Diccionario*. Pero un cuarto de siglo atrás, en 1923, el precepto decía:

"El presidente entrará a ejercer su encargo el 1° de diciembre, durará en él cuatro años y nunca podrá ser reelecto.

"*El ciudadano que substituyere al presidente constitucional, en caso de la falta absoluta de éste* (o sea don Venustiano Carranza, a quien sustituyó don Adolfo), *no podrá ser electo para el periodo inmediato*" (el sonorense pretendía ser presidente después del periodo del general Álvaro Obregón. ¿Cuál es la bronca?). (Las cursivas son mías).

Pesqueira y Villa, agarrados del chongo

Don Fernando Pesqueira y don Eduardo W. Villa se agarraron del chongo –en sentido figurado, desde luego– al discurrir cómo llegó a Sonora la primera imprenta. No es necesario esforzarse en buscarles errores, porque se desmintieron mutuamente.

Los dos eran hombres educados, caballerosos, casi de la misma edad –don Eduardo nació en 1888, y don Fernando, en 1892– y nativos de poblaciones cercanas –Baviácora y Banámichi–. Dominaban ambos el inglés y poseían todos los conocimientos sobre Sonora que entonces estaban al alcance de los pocos investigadores; los abrevaron en fuentes primarias. La diferencia que separaba a estos hombres, aparte del carácter personal, era que don Eduardo fue un prolífico autor de libros, mientras que don Fernando dedicó gran parte de su vida a rescatar y ordenar importantes documentos históricos, dio a luz algunos opúsculos, pero nunca la historia de Sonora que de él se esperaba; de hecho, no publicó ningún libro.

El 30 de junio de 1945, el señor Pesqueira sustentó, ante los miembros del Bloque Periodístico de Sonora, la conferencia "La imprenta y la prensa en Sonora", en la que dijo, al referirse a la primera imprenta, que el gobierno del Estado de Occidente mantenía en Álamos:

> Ignoramos de dónde y cómo vino esa imprenta, nada hemos podido encontrar en los apolillados infolios del pasado que pudieran marcarnos su luminosa ruta.

No obstante, deduce que cuando Sonora y Sinaloa dejaron de integrar el Estado de Occidente y pasaron a ser entidades federativas soberanas, fue "la veterana imprenta llevada con palmas y lauros a Hermosillo", que en 1833 fue montada en Arizpe (*El Imparcial*, 9 de julio de 1945).

El profesor Villa se opuso a esas aseveraciones, y de manera terminante sostuvo que la imprenta fue llevada a Culiacán; argumentó que la tipografía de los impresos realizados en Álamos era la misma que la de los impresos publicados en Sinaloa. También aportó algunos documentos oficiales.

Como ocurre en estas polémicas, sobre todo si participan en ellas hombres que cuentan con abundante información, el desacuerdo principal se ramificó en otros, por ejemplo, si al decir del profesor Villa, la imprenta de Álamos no fue llevada a Arizpe, ¿de dónde y cómo fue traída la que, efectivamente, tuvo esa ciudad?

No entraremos en detalles sobre esta sabrosa discusión, en la que don Fernando Pesqueira se mantuvo discreto y ligeramente burlón. Respondió con un solo artículo en el que se refirió en concreto a los puntos en controversia:

> Dije entonces –y lo sigo afirmando– que ignoramos de dónde y cómo vino a Sonora la primera imprenta que aquí se estableció; pero mi impugnador asegura que él sí lo sabe, y hasta fija la ruta que siguió. Y en realidad lo que hace, desvirtuando hechos y cambiando palabras, no es otra cosa que seguir lo que sobre el particular trata el historiador sinaloense Héctor Olea en su folleto "La pri-

> mera imprenta en las provincias de Sonora y Sinaloa" editado en la ciudad de México en 1943. Nada más que Olea, al hablar de la imprenta a que se refiere Villa, interroga: "¿Será ésta la imprenta que se llevó a Sonora y Sinaloa?" "Es muy probable, -sigue diciendo Olea- que esta pequeña imprenta comprada por el presidente Victoria a don Joaquín Furlong haya salido de Iguala por Zihuatanejo o Acapulco para las costas del Estado de Occidente", es decir, que lo que Olea coloca en el terreno hipotético, mi impugnador lo da como un hecho histórico absoluto.

¿Quién tuvo razón en esta polémica que se desarrolló en las páginas del diario *El Matinal*, de Hermosillo, entre julio y octubre de 1945? Hubo forzosamente uno que estaba en el error. Pero cuando chocan dos gigantes, mejor es hacerse a un lado.

Ruibal copia a Ruibal

El abogado y notario público Juan Antonio Ruibal Corella fue merecedor de premios en algunos concursos nacionales. En 1975 obtuvo el segundo lugar en el certamen convocado por el Instituto Nacional de Administración Pública con el libro *Plutarco Elías Calles, estadista y patriota;* y en 1980 el primero, en el concurso organizado por el gobierno del Estado de Yucatán, con *Los tiempos de Salvador Alvarado.*

Al final de cada uno de ellos hace una especie de resumen sobre la personalidad y logros de los biografiados. Y en esas páginas se encuentran estas curiosidades. Dice en el de Elías Calles:

> Claro que nuestro personaje cometió errores, como lo hicimos notar en la guerra cristera y la reelección de Obregón. No vamos a incurrir en la práctica viciosa y sistemática de muchos historiadores, de describir a los hombres públicos inmaculados y perfectos. Esta es una falta de autenticidad y una de las actitudes que más irrita a las nuevas generaciones.

En la biografía de Alvarado se lee:

> Es obvio, por otra parte, que nuestro personaje cometió errores sensibles los cuales señalamos con toda acritud, como en el caso de su radical posición frente al clero de la época y de los llamados tribunales revolucionarios. No vamos a incurrir en la práctica viciosa y sistemática, de describir a los hombres públicos inmaculados y perfectos; ésta es una falta de autenticidad y una de las actitudes que más irrita a las nuevas generaciones.

Sobre el general Calles:

> Pero observada la figura de Calles desapasionadamente, con espíritu sereno, es indiscutible que en la balanza de su existencia, el platillo de los aciertos domina sensiblemente al de los yerros.

Y sobre el general Alvarado:

> Pero observada su figura desapasionadamente y con espíritu sereno, es indiscutible que en la balanza de su existencia, el platillo de los aciertos domina sensiblemente al de los yerros...

De vuelta a la biografía de Elías Calles:

> Hay en todos los pueblos de la tierra, hombres que con la vida se disminuyen; hay figuras en cambio que después de muertos crecen frente a nosotros. A estos últimos pertenece Plutarco Elías Calles; hombre de acción irreversible e indómito temperamento, su memoria y su obra siguen presentes con vigencia permanente... Entre la situación de una patria, que lo vio nacer y otra que lo vio morir, mediaron con todo y sus pausas y fallas, dos innegables transformaciones: la Revolución por la cual luchó en la trinchera y la construcción del edificio de la República que fomentó tesoneramente como soldado, como gobernador, como presidente y como simple ciudadano. No cabe, no puede caber la menor duda: Plutarco Elías Calles fue un gran estadista, un hombre de su tiempo y un gran mexicano.

Cinco años después, asentó sobre el general Alvarado:

> Hay hombres que con la vida se disminuyen; hay figuras en cambio, que después de muertas crecen frente a nosotros. A estos últimos pertenece Salvador Alvarado; hombre de acción irreversible e indómito temperamentalmente, su obra sigue viva con vigencia permanente. Entre la situación de una patria que lo vio nacer, mediaron con todo y sus pausas y fallas dos innegables transformaciones: la Revolución por la cual luchó en la trinchera y la construcción del edificio de la República, que fomentó tesoneramente como soldado, como gobernador, como estadista o como simple ciudadano. No cabe por lo tanto, ni puede caber la menor duda: Salvador Alvarado fue un vanguardista de su tiempo y un extraordinario mexicano.

Tampoco cabe la menor duda de que los jurados que calificaron el concurso convocado por el Estado de Yucatán, sobre la biografía del general Salvador Alvarado, no leyeron la del general Calles, publicada cinco años atrás.

El licenciado Ruibal Corella hizo el intento de cambiar de género y publicó a principios de los años noventa una novela con fondo histórico: *La rueda de la fortuna.* Para el mundo de la anécdota queda, en la página 35, la afirmación de que Hidalgo sufrió una derrota en el Monte de las Cruces. ¡Fue una de las pocas que ganó el venerado sacerdote!

El turno de Almada el joven

Las conferencias y disertaciones del doctor Ignacio Almada Bay se escuchan con interés y gusto, y con gusto e interés se leen sus textos, porque a su reconocida sapiencia de historiador se une el don de la amenidad. Ésta es la regla general en lo que atañe a la apreciación de su obra. Pero toda regla tiene su excepción.

En la introducción del libro *Historia panorámica del Congreso del Estado de Sonora 1825-2000,* los autores Almada Bay y José Marcos Medina Bustos dan cuenta de los cuatro colaboradores que

"revisaron los archivos y fondos documentales, clasificaron, transcribieron y extractaron la información y participaron en las reuniones semanales de seguimiento y presentación de los resultados de la búsqueda de fuentes", sin contar a los encargados de recopilar datos y tareas secretariales. ¿A qué se debió que un equipo tan numeroso dejara que se colaran en el texto diversos errores?

Los autores consignan el acuerdo de la XXVII Legislatura para imprimir un *Boletín de la Cámara* y al agregar: "Habrá que verificar si pudieron materializar tal propósito", (p. 388), confiesan que no lo encontraron. O más bien, que no lo buscaron, pues en el Archivo General del Estado hay algunas docenas de ejemplares.

En las páginas 400 a 402 dan un número importante de leyes para ilustrar la "explosión o inflación legislativa" en el gobierno de Rodolfo Elías Calles, pero éste fue gobernador de 1931 a 1934, y todas aquellas leyes son de 1930, es decir, corresponden al periodo de don Francisco S. Elías.

> En 1951, por iniciativa del presidente Adolfo Ruiz Cortines se propuso que las mujeres pudieran votar y ser votadas en las elecciones municipales (p. 430).

Es cierto que don Adolfo fue el principal impulsor de la reforma electoral que favoreció a las mujeres. Pero en 1951 era candidato a la Presidencia, no presidente, cargo que ocupaba don Miguel Alemán.

Flojearon los colaboradores o faltó a los autores celo en la revisión. El conocido político guaymense Carlos Ernesto Zataráin González, queda reducido a *C. Zataráin* (p. 460) porque al parecer nadie supo averiguar el nombre completo. ¡Y era miembro de la Legislatura que auspició la edición de esta *Historia panorámica del Congreso!*

Se tiene el cuidado de anotar, al pie de los cuadros en que se enlistan los diputados de cada Legislatura, las curules vacantes por renuncia, destitución, muerte u otra causa, y los nombres de quienes entraron a llenarlas. Pero se omite, en la XLI Legislatura (p.548), anotar que el diputado Luis Encinas Johnson salió con licencia en 1956 para convertirse en rector de la Universidad de Sonora.

En fin, peor les fue a los diputados plurinominales Julia Astrid Tapia Granillo y Raúl Velderráin Otero, entusiastas miembros del PRI, que quedaron para la historia como representantes del PAN (p. 563).

Izábal, ¿dictador 103 años?

No debería yo lanzar piedras porque no estoy limpio de culpa. Salté al campo de la historia con una ventaja y una desventaja que me dio el periodismo. La primera fue la curiosidad, útil para hacer buenos reportajes y entrevistas, y también para hurgar en vidas y hechos del pasado. La desventaja es la rapidez para escribir: en historia la velocidad hace caer en errores.

En la primera edición de *Sonora bronco y culto* (1997) llamo Catedral de San Agustín a la de Hermosillo (p. 20), que es Catedral de Nuestra Señora de la Asunción, y que *Madame Butterfly* y *La Traviata,* puestas en escena en 1973, fueron "las dos únicas óperas completas que en lo que va de este siglo hemos tenido en Sonora" (p. 107). El cronista Ángel Encinas Blanco me dio fuertes jalones de oreja, y se lo agradezco. Tuve oportunidad de corregir estos errores en la segunda edición del libro, en 2000, y por lo que concierne a las óperas, me saqué la espina con el libro *Mi abuela iba al teatro* (2001), en el que reseño las funciones que trajeron a Sonora diversas compañías a fines del siglo XIX y primeros lustros del XX, entre las que sobresale la gran Ángela Peralta.

En el libro *Al despertar: filibusteros y dictaduras,* sobre los gobernadores del siglo XIX, la imprenta me hizo la mala pasada de cambiar varias veces el 8 por el 9 al citar los años. El lector entiende que se trata de erratas, pero hay uno chistoso: que el 27 de agosto de 1900 tomó posesión el gobernador Rafael Izábal, "que permaneció en funciones hasta el 26 de enero de 2003". O sea que estuvo en el poder 103 años. Fue un dictador, pero no hay que exagerar.

Que lo perdonen Encinas, Faustino, Bours y demás

El campeonato de errores se lo lleva *Los gobernadores de Sonora 1911-2009,* del doctor en Ciencias Políticas Nicolás Pineda Pablos,

publicado en 2010, errores agravados si se toma en cuenta que llevaba muchos años estudiando el tema. En efecto, en 1995 la Dirección de Documentación y Archivo del Gobierno del Estado le publicó *Gobernadores de Sonora,* en tres partes, en la serie Cuadernos del Archivo Histórico.

En aquella edición incurrió en errores que en la obra de 2010 fueron eliminados, por ejemplo, que Jesús Enríquez Burgos fue gobernador interino de Carlos Armando Biébrich (1973-1975), y que también lo fueron, de Alejandro Carrillo Marcor (1975-1979), Raúl Encinas Alcántar; y de Samuel Ocaña García (1979-1985), Alfonso Molina Ruibal. Los cuatro fueron secretarios de gobierno, y Pineda supone que se convertían en interinos cuando el titular del Ejecutivo se ausentaba del Estado. Esto ordenaba una norma constitucional que en el sexenio de Faustino Félix Serna (1967-1973) había sido derogada. Si el gobernador salía de Sonora seguía y sigue siendo gobernador. Ninguno de los cuatro políticos citados fueron interinos.

Algunos errores de los Cuadernos se conservan en la nueva edición y se añaden otros, el primero de ellos, en la introducción, donde se lee que la recopilación de información sobre los gobernadores tuvo como punto de partida un trabajo "impulsado por el Instituto Sonorense de Cultura cuando su directora era la Dra. María Inés Aragón Salcido" (p. 13). La objeción es simple: la distinguida jurista NUNCA ha sido directora del Instituto Sonorense de Cultura.

La relación de quienes integraron los gabinetes de cada gobernador padece omisiones notables, principalmente de quienes entraron a un cargo en sustitución del que fue removido o renunció. No se menciona, en el gabinete del general Abelardo L. Rodríguez, un colaborador tan importante como fue el arquitecto Gustavo F. Aguilar.

Ignacio Soto Martínez fue apoyado por doña Enriqueta de Parodi como secretaria particular, dice el autor; no, no fue la estimable escritora, sino su hijo Rubén, quien tuvo el cargo por breve tiempo.

El ingeniero Manuel Puebla Peralta, director de Planeación y Fomento Industrial del gobernador Luis Encinas, fue colocado en

los Cuadernos al final de la lista, después del director de la Penitenciaría y otros funcionarios menores, y aunque pasaron 15 años para que apareciera el libro formal, no se aprovechó la oportunidad para subsanar esa anomalía y colocarlo en los primeros sitios. En cambio aparece en el gabinete de Faustino Félix Serna (1967-1973), pero en ese periodo Puebla Peralta se fue a Culiacán, a colaborar con el gobernador de Sinaloa, el licenciado Alfredo Valdés Montoya.

Error repetido en las dos publicaciones es que el padre del gobernador Luis Encinas, del mismo nombre, fue presidente municipal y también diputado por Hermosillo. Fue diputado suplente y nunca ocupó el cargo. El legislador propietario, José E. Piña, fue desaforado, pero a don Luis Encinas no lo llamaron a asumir el puesto; se realizó para ello una elección extraordinaria en la que triunfó Abelardo Sobarzo Borboa.

La información sobre Luis Encinas es desordenada. Se asienta que la Junta Central de Conciliación y Arbitraje del D.F. "por primera vez estuvo integrada por tres sonorenses que fueron Ernesto P. Uruchurtu, Francisco Duarte Porchas y el propio Luis Encinas Johnson" (p. 214). Los tres abogados estuvieron juntos pero no en aquel organismo federal, sino como magistrados del Supremo Tribunal de Justicia a fines de la década de los treinta. Cuando Encinas se fue a México en busca de salud, en 1943, su amigo Uruchurtu era Director de Población de la Secretaría de Gobernación, cuyo titular era el licenciado Miguel Alemán Valdés; don Ernesto se hallaba entregado a la campaña presidencial de su jefe, y no tardó en renunciar a su puesto para convertirse en secretario general del PRM, poco después, PRI.

Que cuando Luis Encinas fue rector de la Universidad, dice el maestro Pineda Pablos, "creó la Escuela de Ingeniería Civil y la carrera de Administración de Empresas" (en realidad las revivió pues ambas venían de la primera década de la Uni, con altas y bajas), "se remodeló la Escuela de Ciencias Químicas" (no había escuela qué remodelar; fue construida de la primera a la última piedra cuando Luis Encinas era gobernador y el doctor Moisés Canale Rodríguez rector). También es inexacto que como rector editó la revista *Uni-*

versidad de Sonora; varios números se habían publicado durante el rectorado del ingeniero Norberto Aguirre Palancares (p. 215), bajo la dirección de Cecilia de Guilarte.

En cuanto al gobernador Faustino Félix Serna, el autor dice que su padre, Faustino Félix Gastélum, fue presidente municipal interino de Cajeme (p. 229). No. Félix Gastélum ganó la elección constitucional, pero ante los desórdenes de la oposición, el gobernador Anselmo Macías Valenzuela lo desplazó del palacio municipal y designó en su lugar un consejo. Sin embargo, el alcalde Félix acudió al amparo y la Suprema Corte de Justicia resolvió a su favor y ordenó que fuera repuesto en el Ayuntamiento. La sentencia se dictó y ejecutó antes que terminara el bienio.

Apenas pasa el lector a la página 30, encuentra otros dos desaciertos. Félix Serna no fue nombrado coordinador de la campaña de Luis Encinas en 1960, sino en 1961, cuando la causa del rector parecía perdida; el coordinador había sido el guaymense Juan Íñigo, que el 24 de marzo de 1961 resolvió cerrar el comité. Los encinistas lo reabrieron a puntapiés, y sólo entonces Faustino Félix tomó las riendas de la campaña. En la misma página se asienta que don Faustino fue en 1964 diputado federal por el II Distrito con cabecera en Hermosillo. ¿Qué andaría haciendo lejos de su tierra el sureño? Fue diputado federal pero por el IV Distrito, con cabecera en Navojoa.

En fin, hay mucha tela de donde cortar en este libro, de modo que concluiré con dos errores notables en el capítulo que corresponde al gobernador Eduardo Bours Castelo. Se indica que su padre, Javier Bours Almada, fue presidente municipal de Cajeme "y en alguna época fue aspirante a la gubernatura". Si el autor hubiera recordado que fue también diputado federal de 1970 a 1973 hubiera podido precisar en qué época alentó aquella aspiración (p. 375). La elección del siguiente Bours fue impugnada y el Tribunal Electoral (del Poder Judicial de la Federación) "en octubre de 2003 declaró que Eduardo Bours era el ganador de la elección" (p. 377). "Tomó posesión como gobernador del Estado de Sonora el 13 de septiembre de 2003". ¿Asumió el cargo sin haber sido declarado gobernador, pues no fue sino hasta octubre, según el libro, cuando el alto Tribunal le reconoció el triunfo?

Intolerancia

Intolerancia

Te ceso porque no piensas como yo

El 5 de junio de 1946, el general Abelardo L. Rodríguez, gobernador de Sonora, firmó esta carta:

C. Prof. Eduardo W. Villa,
P r e s e n t e.

El suscrito se ha enterado de los artículos intitulados "El problema político de Sonora", que ha estado usted publicando en un diario de esta capital, y con pena ha llegado a la conclusión de que tales artículos no llevan otra finalidad que deturpar la memoria del señor general Álvaro Obregón, imputándole ser autor de intrigas, mezquindades, falsedades y deslealtades.

El Gobierno del Estado no ha creado y conservado el Departamento de Investigaciones Históricas, para que desempeñe la triste misión de denostar a nuestros más representativos valores.

Este Ejecutivo no está de acuerdo con la tesis histórica que usted sustenta sobre diversos hombres de Sonora; y mucho menos, en lo que corresponde a uno de los más insignes de la República entera, como lo fue el señor General Obregón.

Sobre este particular el suscrito tiene la más íntima convicción, y, aunque no es historiador, el destino le deparó la oportunidad de conocer a fondo al gran militar sonorense, pues militó bajo sus órdenes en los periodos más álgidos de la Revolución, cuando el señor General Obregón llevó triunfantes las columnas de ciudadanos armados de Sonora a todas partes de la República, combatiendo a las fuerzas que representaban a la dictadura y a la reacción y al elemento retrógrado.

Asimismo, al suscrito tocó la oportunidad de colaborar con el ilustre sonorense, cuando éste fuera Presidente de la República, desempeñando cargos del orden civil que aquél tuvo a bien confiarle.

Estas circunstancias le proporcionaron al exponente la oportunidad de conocer a fondo al distinguido militar sonorense, y por ello puede afirmar con íntima convicción que estaba muy lejos de esas intrigas y mezquindades que se le atribuyen.

El suscrito reconoce que un historiador debe ser imparcial; pero considera que en el caso presente se ha carecido de la seriedad necesaria para juzgar con imparcialidad a uno de los valores más legítimos de nuestra Patria.

Considera asimismo que un sonorense no debe incurrir deliberadamente en semejantes inexactitudes para menoscabar los méritos del señor General Obregón; y mucho menos el Departamento de Investigaciones Históricas del Estado.

Por tales circunstancias este Ejecutivo tiene a bien dictar el cese de usted como encargado de tal Departamento, cese que tendrá efecto a partir de esta fecha.

Atentamente.

SUFRAGIO EFECTIVO. NO REELECCIÓN.

El Gobernador Constl. del Estado,

Gral. Abelardo L. Rodríguez

El Secretario de Gobierno,

Lic. Horacio Sobarzo

c.c.p. el C. Tesorero General del Estado, para su conocimiento. Presente.

Al profesor Eduardo W. Villa lo corrieron, pues, del gobierno. ¿Qué falta había cometido para merecer tan dura sanción?

A lo largo del mes de mayo estuvo publicando en *El Imparcial* el ensayo "El problema político de Sonora", dividido en breves artículos. En ellos acusó al general Obregón de haber usurpado el mando de las tropas que correspondía al coronel Juan G. Cabral,

en su calidad de Jefe de las Operaciones del Ejército en el Norte del Estado, en tanto que él era jefe de columna. Sostuvo que Obregón desobedeció al gobernador interino Ignacio L. Pesqueira, al retirar sus tropas de Guaymas el 12 de julio de 1913, lo que agravó la situación de los constitucionalistas. En varios pasajes lo califica de intrigante y lo acusa de haber mandado fusilar al teniente del Ejército Federal Roberto Montaño, la noche del 14 de marzo de 1914, a pesar de que el consejo de guerra extraordinario que lo juzgó había dictado fallo absolutorio.

La posición del profesor Villa rebasó las fronteras de Sonora, pues Miguel Alessio Robles, político e historiador, refutó algunos puntos de vista de don Eduardo en el diario *El Universal* y en la revista *El Nuevo Mundo,* ambos de circulación nacional.

¿Cómo reaccionó el profesor Villa al ser notificado del cese? De manera inmediata escribió al gobernador Rodríguez en estos términos:

> ASUNTO: manifestando conformidad en el cese y elevando pequeña petición.
> Sr. Gral. D. Abelardo L. Rodríguez,
> Gobernador Constitucional del Estado.
> E d i f i c i o.
>
> Tengo a la vista su atenta comunicación oficial de esta fecha, la cual he leído con detenimiento, absteniéndome de reparar en sus puntos de vista que originaron mi cese, por la alta y distinguida consideración que usted me merece. Lo acepto pues, seca y llanamente, como viene.
>
> Para cerrar mi tácita aceptación en el cese que usted tuvo a bien dictar en mi contra, me permito elevar a su consideración la siguiente petición: siendo éste el primer cese en casi medio siglo de servicio al Gobierno del Estado de Sonora que me deja en la calle, pues inicié mi carrera magisterial el 22 de octubre de 1906 como Director de la Escuela Oficial para Varones de Baviácora, pido a usted se sirva dictar sus respetables órdenes para que me sean cubiertos los emolumentos del presente mes, julio y agosto próximos, apoyando mi solicitud en haber ser-

> vido por más de 20 años como luchador de banquillo en diferentes centros docentes, teniendo la honra de poseer una inmaculada Hoja de Servicios, y otros 10 años más al frente del Departamento de que ahora me veo privado y que se fundó a iniciativa del peticionario por acuerdo del C. General Jesús Gutiérrez Cázares.
>
> Doy a usted mis más expresivas gracias, protestándole mi personal simpatía y admiración.
>
> *SUFRAGIO EFECTIVO. NO REELECCIÓN.*
>
> Profr. Eduardo W. Villa.

Algunas reacciones a estos sucesos fueron canallescas, y otras, de gran altura ética. *El Imparcial* cortó brutalmente la publicación de los artículos el mismo 5 de junio, y en septiembre, en cuanto tomó posesión de la rectoría de la Universidad el profesor Manuel Quiroz Martínez, impuesto por el general Rodríguez, ordenó la supresión de la cátedra de Historia y Geografía de Sonora, que impartía el profesor Villa.

En cambio, el periodista José Pomposo Salazar, director de *Acción,* de Nogales, invitó a Villa a colaborar con artículos pagados (esto era impensable en Sonora en la época, y en muchos lustros que siguieron) y anunció que patrocinaría la publicación de su obra *Galería de sonorenses ilustres.* En la edición del 17 de junio de 1946, José Pomposo Salazar escribió:

> EL REFUGIO DEL PROFESOR VILLA SERÁ LA PRENSA. Este periódico lo toma como colaborador pagado.- Considerando la situación del profesor Eduardo W. Villa, uno de los valores intelectuales auténticos de Sonora, de méritos personales respaldados por una vida ejemplar, Acción ha decidido considerarlo como colaborador y es de esperarse que otros periódicos correspondan a un maestro e intelectual que honra a nuestro Estado.
>
> Los periodistas no debemos pasar inadvertidos los infortunios de hombres como él, porque sería negarnos no-

> sotros mismos el camino que estamos forjando, para que las ideas se presenten en la prensa, se discutan, y hacer de la prensa la verdadera tribuna de la libertad.

En el mismo número se reanuda la serie rechazada por *El Imparcial.* Unos días después, *Acción* retoma el tema:

> Villa es un escritor pobre, perseguido por la envidia y la miseria espiritual del gobierno del general Rodríguez que honra con estatuas de bronce a quienes tan sólo tuvieron el mérito de ser sus amigos y a quienes también recuerda poniendo sus nombres a escuelas, en contraste con ceses de sus humildes puestos de retribución raquítica, a los verdaderos intelectuales de Sonora.

La actitud de don José Pomposo fue tanto más admirable cuanto que era obregonista; cuando don Álvaro, terminado su periodo presidencial, se estableció un tiempo en Nogales para dedicarse a los negocios, y luego, para preparar su regreso a la política, el joven Salazar trabajó a su lado como secretario.

El profesor Villa tuvo un gesto gallardo y valeroso. Imprimió en mimeógrafo un folleto de 24 páginas con su ensayo completo y lo envió a varias personas que, a su juicio, debían leerlo. Lo termina advirtiendo que, entre las biografías de su obra *Galería de sonorenses ilustres,* aún inédita,

> aparece una incompleta del gran estratega don Álvaro Obregón, incompleta la llamo porque ni se hace referencia a los bochornosos Tratados de Bucareli, ni se transcriben las declaraciones del diputado Basave y Piña, ni viene el asesinato de Field Jurado, ni el de Lucio Blanco, ni la interminable serie de milagros del corruptor del Ejército con los cañonazos de cincuenta mil pesos, milagros que llenan de angustia a sus corifeos en verlos colgados a su pecho. Y tienen razón. El peso de esos amuletos, los hunde en el fango más inmundo.

> Este mal presentado folleto llega, como dije al principio, en forma de obsequio del autor que lo incluyó a usted en una lista de hombres amantes de la verdad histórica. Nunca fue mi intención, por mi calidad de sonorense, ser quien presentara a este personaje del terruño en todas sus miserias y desnudez, pero esa controversia me colocó –valga la expresión– en medio del Rubicón. Y como el gran vencedor de los galos, repito su inmortal expresión "alea jacta est", me dedico a confeccionar su biografía. Ayúdeme. Si usted es de los que se ufana de la afortunada espada del Manco de Celaya en los campos de batalla, anticipadamente me ufano pensando que "la pluma es más poderosa que la espada".

El folleto está fechado el domingo 28 de julio de 1946.

3

Cuando nuestros maestros eran infalibles

Háblеme de la faringe, la laringe y la esfinge

Si estábamos asustados al llegar la fecha del examen de *Anatomía, fisiología e higiene,* denominación rimbombante de la clase de secundaria que hoy es sencillamente *Biología,* cuando vimos que llegaba al aula el profesor con otros dos médicos, como él, cundió el pánico. ¡Tendríamos sinodales!

Ahora pienso que llevó a sus colegas para que se rieran de nuestra ignorancia, a fin de tomar desquite, al menos en parte, de lo que le habíamos flojeado en el curso. Merecíamos la lección.

Desde el primer muchacho interrogado, los médicos comprobaron que no sabíamos una palabra de los temas, y se pusieron a echar relajo, y a divertirse.

–A ver, compañero –decía uno que se había venido del hospital en bata de trabajo–, hablemos de trompas. ¿Cuál prefieres: la trompa de Eustaquio o la trompa de Falopio?

Y otro sinodal, regordete, de mejillas rosadas:

–Dime qué es más importante para el cuerpo humano, y por qué: ¿la laringe, la faringe o la esfinge?

Debo recordar, en honor de aquel valiente grupo de tercero de secundaria, en Ciudad Obregón, que ninguno de nosotros se quedó callado ante las preguntas; todos respondimos algo, tonterías naturalmente. A menudo repaso ese episodio en mi memoria porque empecé a comprender que nuestros maestros no eran infalibles, pues si bien reconozco que habíamos holgazaneado en aquella clase, me pregunto por qué el profesor no había sido capaz de enseñarnos algo.

La *estuata* de don Benito

Emilio Miramontes Nájera era un profesor de cultura física un tanto excedido de peso, pero macizo y ágil hasta los últimos años de su existencia. Vestido por completo de blanco, era un espectáculo verlo dirigir los desfiles guiando a los niños y jóvenes con su

ejemplo: marchaba con movimientos enérgicos, sin perder nunca el paso, que marcaba de cuando en cuando con voz recia.

Era un buen organizador, atento y de buenos modales, y con frecuencia el Gobierno del Estado o el Ayuntamiento lo comisionaba para que condujera actos públicos de importancia. Uno de ellos fue la inauguración, en 1952, del monumento a don Benito Juárez, hacia el lado norte de la Universidad, que consistía en la estatua del Benemérito, esculpida por el maestro Francisco Castillo Blanco, y un águila de piedra.

Sería inaugurada nada menos que por don Adolfo Ruiz Cortines, candidato a la presidencia de la República que, de acuerdo con las circunstancias políticas de aquel tiempo, sería, sin lugar a dudas, el próximo mandatario. Fue un día de fiesta. En el presídium se hallaba el gobernador Ignacio Soto Martínez con invitados especiales del centro del país. La plaza Emiliana de Zubeldía, que aún no recibía ese nombre, estaba repleta. Soldados del ejército y agentes de la policía municipal guardaban el orden.

El profesor Miramontes Nájera se acercó al micrófono para anunciar el inicio de la ceremonia. Su voz llegó a todos los rincones del rumbo, y a todos los hogares del Estado en transmisiones de radio a control remoto:

–Nos hemos reunido para asistir, con auténtica devoción a nuestro insigne prócer, a la inauguración de la ESTUATA del benemérito licenciado Benito Juárez...

ESTUATA, dijo, miles lo escuchamos; pero el profesor Miramontes no perdió el aplomo, no se detuvo, no intentó corregir lo incorregible, no titubeó... y el acto siguió adelante.

Una falla del profesor. Y un acierto, porque si enseguida hubiera dicho ESTATUA, además de acentuar el error, habría corrido el riesgo de hacerse bolas.

¡Qué prepa, Dios mío!

La anécdota destapa los recuerdos de estos viejos, ayer preparatorianos, que hacían de las suyas en la joven Universidad. *Y Chalío Moreno* (el profesor Rosalío E. Moreno, eterno secretario general), *¿se acuerdan? No nos dejaba fumar ni en el rincón más apartado del*

campo. ¿Y Sotelito (el profesor Adalberto Sotelo, de Física) *en el examen final? "No voy a reprobar a nadie", decía, "ya los reprobará la vida".*

Amadeo Hernández era el caso típico del profesor distraído. Han oído mil veces la anécdota pero se ríen como si aquella fuera la primera. *Entró a la dirección de la Secundaria Juan Nieves y le dijo a Amadeo: "Profesor, José Luis López, de tercero, se llevó mi bicicleta sin mi permiso". Amadeo movió la cabeza y contestó: "Qué mal está eso de llevarse una cosa ajena sin el permiso del dueño. ¿Y de quién sospechas?".*

Se encima el recuerdo del profesor Luis López Álvarez, *Lichi,* que oportunamente cambió el pupitre por la agricultura en la Costa de Hermosillo y alcanzó una posición económica desahogada. Un día puso la prueba de Historia Universal a sus nueve alumnos y luego les echó un rollo sobre la rectitud del universitario. Les dijo que en las universidades gringas los maestros entregan a los estudiantes las preguntas que han de contestar, y los dejan solos, a sabiendas de que no mancharán, copiando, la confianza que se les demuestra. ¿Por qué no imitar ese ejemplo en la Universidad de Sonora? Ante los estupefactos alumnos, *Lichi* anunció que se marchaba y volvería al aula en 40 minutos, ¡y se fue! Dos muchachos asomaron al corredor y dieron cuenta a los demás que *allá va, entra a la secretaría... ya salió, baja la escalinata central...* ¡Y a copiar se ha dicho!

La desordenada cháchara cobra cierto orden cuando se menciona a la profesora Rosario Paliza de Carpio, famosa por su inteligencia y también por la energía con que controlaba a sus alumnos de Lógica.

Aquella tarde cayó una lluvia torrencial sobre Hermosillo que nos dio una gran felicidad, no tanto porque el clima de septiembre se había suavizado, sino porque no habría clase de Lógica. *La Chalina* cubría el trayecto de su casa, en la Colonia Centenario, a la Universidad, a pie. No saldría bajo aquel vendaval. Nos acomodamos en las bancas del vestíbulo del edificio principal y bostezamos con deleite. Pero... pero... ¿era una ilusión óptica? Bajo la lluvia, y agarrada con fuerza del paraguas, la temida *Chalina* acababa de

doblar la esquina de la Rosales y avanzaba penosamente hacia la Universidad. Aunque era absurdo, ¡habría Lógica!

Nuestro compañero Horacio Castelo, un muchacho alto y güero, que terminaba de escribir algo en el pizarrón, se llevó el susto de su vida al ver entrar al aula a la maestra, y saltó hacia el escritorio en busca del borrador.

–No borres, no, no –le ordenó la maestra Paliza–, déjame leer qué has escrito. A ver... ¡Estás practicando el silogismo! Te felicito.

Desde nuestros asientos, que habíamos ocupado de mal humor, leímos lo que Castelo había escrito:

Cuando el tecolote canta, el indio muere.

El policía es un tecolote (le llamaba así la gente en aquel tiempo).

Luego, cuando el policía canta, el indio muere.

La profesora *Chalina* tenía en el rostro, poblado de arrugas, una sonrisa extraña. Presentimos que el "silogismo" no le había gustado. Tal vez lo consideraba un choteo para el que nos hacía recitar:

> El hombre es mortal.
> Sócrates es hombre.
> Luego, Sócrates es mortal.

Castelo seguía de pie ante el pizarrón como quien aguarda una sentencia.

–¿Y qué dirías tú que es esto que has escrito: un paralogismo, una falacia o un sofisma?

El pobre Castelo arrojó un volado mental y dijo con voz apenas audible:

–Paralogismo.

–Bien, muchacho, bien. Ve a sentarte.

Castelo se dirigió a su pupitre, al parecer a salvo, pero no llegaba a su refugio cuando escuchó la orden:

–Sacas una hoja, y mientras doy la clase de hoy, por escrito me explicarás por qué es paralogismo y no falacia o sofisma, o si cambias de opinión, por qué es falacia o sofisma y no paralogismo, o si puede ser dos de esas figuras, o ninguna. Con ese trabajo te voy a calificar el trimestre.

Al terminar la prepa, Castelo tomó un rumbo distinto al mío para cursar estudios profesionales, y me quedé con la duda si aquella buena puntada del tecolote y el policía era paralogismo, o falacia, o sofisma, o qué. Lo único que supe con certeza fue que tuvo que presentar examen extraordinario.

Lección de marxismo

El licenciado Enrique E. Michel fue el director fundador de la Escuela de Derecho de la Universidad, y durante muchos años impartió la materia Historia de las Doctrinas Económicas. En lo personal, era un buenazo. Era caballeroso con las alumnas, con caballerosidad que no lucía lo suficiente dada su edad y la modestia de su indumentaria. Se detenía incansablemente en temas que nos parecían intrascendentes y ajenos a nuestras inquietudes. Una vez comenzó a hablar del mercantilista francés Jean-Baptiste Colbert, pero de inmediato se desvió para subrayar que había sido un gran espadachín y muy enamorado. *Como deben ser los caballeros* –dijo, dirigiéndose a las alumnas.

Estaba vivo en todos los foros nacionales y locales, la academia, la prensa, los partidos políticos y las cámaras legisladoras, el tema del comunismo. Una gran mayoría lo condenaba y lo temía, y un grupo selecto de intelectuales lo estudiaba con entusiasmo y trataba de difundirlo, a veces con actitud protagónica. El caso es que asistíamos a aquella clase de Economía un tanto aburridos, porque deseábamos entrar al estudio de Marx y Engels y el ciclo escolar avanzaba sin esperanza de lograrlo.

A un mes de finalizar el curso, comprendimos que el maestro Michel no terminaría el programa ni llegaría, por tanto, al tema que nos interesaba. Pero, inesperadamente, se dio la coyuntura para plantearlo en la clase.

Estremeció al mundo la posibilidad de una guerra entre los Estados Unidos y la URSS con motivo de la crisis de los misiles en Cuba. Y aquella tarde de abril, en cuanto el maestro terminó de pasar lista de asistencia, uno de mis compañeros le preguntó:

–¿Cree usted que estallará la guerra entre capitalismo y socialismo?

El licenciado Michel no mostró el mínimo asombro ante la pregunta y respondió con serenidad:

—No habrá guerra.

En silencio absoluto, nos dispusimos a entrar al *tema*. El maestro siguió hablando pausadamente:

—Todos hemos estado atentos a las noticias sobre los OVNIS, los objetos voladores no identificados. Tal vez alguno de ustedes habrá visto luces misteriosas que se mueven en el cielo nocturno. Si hubiera habido tres o cuatro testimonios, podríamos hablar de visiones sin fundamento; pero se han registrado centenares de testimonios en todo el país, y miles en el mundo.

¿A dónde nos conducía el maestro? Miró un momento por la ventana, como si del exterior le llegaran los pensamientos, y agregó:

—Prácticamente la totalidad de los seres humanos que vivimos en el mundo reconocemos la obra de Dios y agradecemos que la mantenga. Pero pocos se detienen a cuestionar si su infinito poder se ha extendido a los planetas y cuerpos celestes que creó en el Universo. Yo creo que en ellos viven seres más avanzados que nosotros, que nos vigilan desde esas naves que descubrimos de cuando en cuando en el cielo, y que si ven que el choque entre los dos sistemas es inminente, bajarán a la Tierra y evitarán que el mundo sea destruido.

¡El maestro, Dios mío, hablaba en serio! ¿Qué pensar? ¿Replicarle? ¿Aceptar lo que decía? El mismo estudiante que le había puesto fuego a la mecha hizo otra pregunta:

—¿Y qué le parece a usted mejor para la humanidad: el capitalismo o el comunismo?

El abogado siguió esparciendo las perlas de su sabiduría:

—Bajo el capitalismo hay grandes injusticias: individuos supermillonarios y familias superhambrientas. Bajo el comunismo hay también grandes injusticias: falta la libertad. En los dos sistemas la ciencia logra avances admirables; basta ver que las conquistas espaciales van a la par. Si colocáramos las economías de una y otra ideología en una balanza, ésta se mantendría en equilibrio. Pero hay algo que hará triunfar al capitalismo: los comunistas no creen en Dios.

Del fondo de la clase surgió la voz de nuestro compañero de mayor edad, un tipo de 30 años que era ya padre de familia:

–Pero Dios –dijo– no es un concepto económico.

Por primera vez, el licenciado Michel pareció alterado:

–¡Cómo no, compañero! Dios está en todas partes: ¡también en la Economía!

El maestro falleció hace tiempo. A veces, cuando miro el cielo por la noche, me pregunto si no nos vigila a sus ex alumnos desde un objeto volador no identificado.

Protestan en sus tumbas Gamboa y Henry James

Para que los maestros no crean que son los únicos observados en esta crónica, van dos deslices de una maestra.

Uno está dispuesto a aceptar sin titubeos lo que sobre literatura escribe una licenciada en Letras Hispánicas, como lo es Margarita Oropeza Ramos, guía de un grupo de mujeres aficionadas a la literatura. En su columna Contrapunto, del periódico *El Imparcial* del 1 de noviembre de 1998, escribió que Santa, la ingenua pueblerina cuyo seductor la empujó a la prostitución, "fue un personaje literario creado por Rómulo Gallegos".

"¿Qué pasó?, debe haber dicho desde su tumba don Federico Gamboa, autor de la famosa novela", escribió a su vez el lector Jaime Varela Salazar, en la carta que envió al periódico el 6 del mismo mes. Y es que *Santa,* llevada también al cine, fue sin duda la novela más exitosa de Federico Gamboa, y no tiene, como tampoco ninguna de sus obras restantes, parecido alguno con las novelas de Gallegos. Uno y otro trabajan sobre el paisaje de sus respectivos países: México y Venezuela, y con el lenguaje de sus connacionales.

El personaje central de la novela de Gamboa es una joven sencilla, tímida y romántica a la que ha aplastado la vida, y si buscamos un personaje femenino central en la obra de Rómulo Gallegos de inmediato se piensa en *Doña Bárbara,* llevada también al cine, con María Félix, una mujer bella, altanera, que hace polvo a los hombres que aparecen a su paso. Gamboa publicó su novela en 1903, y Gallegos la suya, 26 años después. No hay razón para haber errado.

¿Confesó la maestra Oropeza su culpa? ¡No, hombre! En la misma edición del día 6, contestó este absurdo:

> Importante aclaración que se agradece en nombre de los lectores. Siempre, cuando el nombre de la obra llega a ser más conocido que el del autor, es posible caer en este tipo de confusiones, que son imperdonables para la literatura.

Son imperdonables para quien los comete. ¿De dónde sacó eso de que el nombre de *Santa* fue más conocido que el autor? Don Federico Gamboa fue Subsecretario de Relaciones Exteriores y embajador de México en varios países, y su *Diario* es una pieza histórica invaluable para entender el porfiriato.

Por otra parte, la maestra reincidió. El 18 de septiembre de 2000, en el artículo Censura o el petate del muerto, que apareció en la página editorial del mismo periódico, dice:

> Un autor muy dispuesto a descarnar la mirada sobre el sexo, para poner un caso extremo, digamos, Henry James, con *Trópico de cáncer* puede haber deseado mostrar sus profundas experiencias carnales con la amada, que además era la esposa de otro señor...

¡El bueno y digno señor Henry James, confundido con el sensual y travieso Henry Miller, autor de los Trópicos (de Cáncer y de Capricornio)! Si hubieran exhumado los huesos de Henry James, autor de *Retrato de una dama*, a nadie le habría extrañado encontrarlos verdes de coraje, y si se hubiera hecho lo mismo con los restos de Miller, habrían escuchado el ruido cascabelero de los dientes de su calavera, en una risa incontenible. No está por demás señalar que aunque predomina el erotismo en los libros de Miller, hay en ellos otros valores literarios dignos de destacar y, desde luego, el tema de los Trópicos no es el que señala la maestra.

4

¡Con qué frecuencia damos la nota!

Beethoven tumbó la tecla

El tiempo era ideal para sacar del clóset las prendas más finas y abrigadoras: la mitad de diciembre, y para los que prefieren crónicas con datos precisos: de 1955.

Las mujeres, con abrigos y zapatillas de tacón alto, se saludaban con aparente afecto y amplias sonrisas. Faltaba mucho para que se pusieran de moda los besos en la mejilla, pero algunas intercambiaban abrazos. Los varones iban de corbata, un sacrificio para los broncos hechos en la vida del campo. Entraban, sin dejar la cháchara, al pequeño auditorio de la Unión de Crédito Agrícola Cajeme, y recibían el programa que tocaría esa noche Esperanza Pulido.

Los organizadores de este concierto, y de los de toda la temporada, estaban radiantes. El doctor Luis Farfán, pasado de peso y también de años, y el doctor Jesús Alfonso Cadena, esbelto aún, con el pelo canoso a medias, atendían a sus amigos y no ocultaban su satisfacción. No era cualquier cosa haber contratado, en nombre del Patronato de Bellas Artes, a una de las pianistas mexicanas más insignes.

Esperanza Pulido había egresado del Conservatorio Nacional de Música y luego había pasado varios años en Nueva York y en París perfeccionando su arte. Había recibido lecciones de músicos eminentes, como Alfredo Cortot y Claudio Arrau. ¡Y ahora estaba en la Perla del Yaqui! Los doctores Farfán y Cadena no creían que sus coterráneos entendieran lo que para la cultura de la región significaba aquella visita, pero tampoco les importaba mucho: lo fundamental es que ellos disfrutarían la música.

La sala no era para conciertos sino para las reuniones de los consejeros de la Unión. Un tercio del pequeño foro era ocupado por el piano. El doctor Cadena anunció a la artista ("es un gran honor...", etcétera) y ella, con severo vestido negro y corsage violeta, subió al escenario, agradeció los aplausos y comenzó a tocar.

Primero, un estudio de Chopin. Luego, una sonata de Beethoven. Sus dedos se deslizaban con agilidad por el teclado, al que arrancaba claras sonoridades. Los oídos de los recios agricultores de Ciudad Obregón no estaban preparados para esas exquisiteces, pero de alguna manera las notas se abrían paso hacia sus conciencias. De pronto...

¿Qué sucedió? La señora Pulido se inclinó con rapidez –la rapidez de un *short stop*, diría más tarde uno de los presentes– y recogió un objeto del piso. ¡Era una tecla! ¡Se había caído una tecla! La recogió, la puso en su lugar y siguió tocando. Pero sólo medio minuto. La tecla de nuevo cayó. O más bien, el revestimiento de la tecla, pero como fuera, no se podía tocar.

Esperanza Pulido puso la tecla en su lugar. Inclinó la cabeza. Alguno de los espectadores diría después que en ese momento maldecía a todos los presentes, incluidos los dos médicos melómanos; a Ciudad Obregón entera. No es posible adivinar el pensamiento de una persona, pero la suposición suena lógica.

Levantó la cabeza y dijo que tocaría, en la parte del teclado sana, *La historia de las tres estrellas*, un juguete musical. Los acordes eran graciosos, como una sonrisa en el centro del drama. Pero... al hacer un *glissando*, la tecla fue a dar al piso por tercera vez.

Para entonces ya había aparecido frente al público el doctor Cadena con un tubo de resistol u otro pegamento en la mano. Invitó a todos a pasar a la muy pequeña cafetería del vestíbulo mientras se remediaba el daño. Por su parte, la señora Pulido se había ocultado tras la delgada columna que separa el escenario del hueco de la escalinata.

Quince minutos después, los organizadores del concierto llamaron a los pacientes caballeros y damas, que ocuparon sus asientos, nerviosos algunos por lo que aún pudiere pasar. Pero no pasó nada. La maestra Pulido terminó el programa y no le pidieron *encore* porque nadie estaba seguro de que la tecla había quedado bien pegada.

Para la historia: cuando se cayó la tecla, la ilustre pianista interpretaba la sonata *Patética*, de Beethoven.

El gran Ricci toca y yo como palomitas

Ruggiero Ricci ha sido uno de los grandes violinistas del mundo. Nacido en 1920 en San Francisco, California, a los ocho años dio su primer concierto como solista de orquesta. Después de la II guerra mundial hizo muchas giras a Europa y fue de los primeros músicos de Occidente que fue invitado a tocar en los países comunistas. Se dice que ha sido el único violinista que ha interpretado *Los caprichos* de Paganini tal como éste los escribió, con todas sus diabólicas dificultades.

El fulgurante astro del firmamento musical vino a Hermosillo a los 60 años de edad, es decir, cuando se hallaba en la cumbre de la madurez y la sabiduría. ¿Quién fue el genio que logró contratarlo? En realidad, vino porque la ciudad estaba en el itinerario de la gira nacional que le preparó el FONAPAS (Fondo Nacional para la Asistencia Social), antecesor del DIF.

Seis días antes del concierto, el 27 de agosto de 1981, los diarios *El Sonorense* y *El Imparcial* publicaron el mismo boletín. *Información* publicó una nota después del concierto. *El Sonorense* no reseñó el acontecimiento porque el 27 estaba paralizado por una huelga.

Ninguno dio a conocer el programa de la velada. El reportero de *El Imparcial* comentó, en una nota insertada en la sección de eventos sociales, que Ricci había tocado obras de Vitali, Beethoven, Bartok, De Falla y Paganini.

Por entonces, la única sala apropiada para conciertos con que contaba Hermosillo era el auditorio de la Biblioteca y Museo de la Universidad de Sonora, con cupo para 500 personas. Los organizadores deben haber dudado de que el gran Ricci pudiera atraer a tantas. Se presentó, pues, en el espacio que llamaban Galería del Ágora, en la Casa de la Cultura, inaugurada el año anterior.

No era un lugar provisto de butacas, de modo que llevaron sillas plegadizas individuales que no se ocuparon en su totalidad aunque la entrada era gratuita. En las fotografías publicadas se puso énfasis en la presencia de la esposa del gobernador del Estado. Sentados en el piso había varios niños. Algunos de ellos, igual que dos o tres adultos, comieron palomitas en el curso del recital.

Ruggiero Ricci se presentó con formal traje negro y camisa blanca de cuello de tortuga, a la sazón de moda. La pianista Kyoko Hashimoto, quien apareció con él, lucía un vestido largo color violeta. Se marcharon al día siguiente y no volvieron nunca.

Si la maestra Emiliana de Zubeldía, que asistió al concierto, no les habló a sus alumnos del gran violinista, hoy nadie tendrá idea de que Ruggiero Ricci estuvo en Sonora.

¿Cantó? ¿Qué cantó?

¡La gloriosa Orquesta Sinfónica del Noroeste! ¡Qué hazaña, la del director Luis Ximénez Caballero: viajar en autobús desde Tijuana a Mazatlán para tocar música clásica en diversas ciudades del trayecto! En una época extendieron la ruta a Tepic, y luego a Guadalajara, donde finalmente se quedaron. Por casi diez años los escuchamos en lugares y barrios donde nunca había estado una sinfónica, ni ha vuelto a estar: Ures, por ejemplo, Empalme, o la Colonia Constitución, de Cajeme.

Los solistas de la orquesta eran variados: pianistas, violinistas, fagotistas, chelistas, cantantes. Uno de éstos fue el barítono Sergio Morales, cuya actuación es reseñada así en el periódico de Hermosillo *El Sonorense*, del 27 de septiembre de 1964:

> Intervención principalísima la tuvo en esta ocasión el joven barítono Sergio Morales, quien se llevó sin duda los aplausos de la noche por su voz formidable, su music alidad tremenda y su actuación insuperable, magistral. Se mostró un buen barítono, capaz de dejarse oír aún en los tutti más aterradores. Su presencia de arrogantísima estatura resaltaba en el escenario que lucía un estupendo decorado, fingiendo la Acrópolis de Atenas. Los aplausos se repetían una y otra vez al finalizar cada actuación.

Muy bien descrita la presencia del joven Morales, cuya tesitura era en realidad de bajo, y también la escenografía. Pero ¿qué cantó?

Debe haber sido el mismo redactor –se lo identifica por la insuficiente información– quien escribió la nota en aquel diario el 8 de octubre de mismo año, en la que anuncia que la Orquesta

Sinfónica del Noroeste se presentaría al día siguiente. En la parte central del programa será interpretado el *Concierto para chelo y orquesta en La Menor* de Lalo. ¿Quién lo tocará? El redactor sólo da una pista:

> El solista es un artista consagrado mundialmente, discípulo de Pablo Casals y de otros maestros como Emmanuel Ferumann y Paul Grummer...

Adivina, adivinador. A quien sepa el nombre se le obsequiará un pase doble para que asista al concierto.

¿Cómo estuvo la música? El ambigú, sabroso

A veces los reporteros dejan de lado la música porque los canapés de cortesía están muy ricos y hay gente de sociedad que es obligado fotografiar. En *Crítica* del 19 de febrero de 2007 aparece esta información:

> ¿Qué tocó y cómo tocó el pianista?
> ¡Nadie sabe, nadie supo!
>
> Hago votos porque haya tenido buenas utilidades la Fundación Ganfer en el concierto que ofreció el miércoles 15 el pianista Christian Leotta. Tuvo lugar en el auditorio de la Sociedad Sonorense de Historia ante selecta concurrencia, según lo muestran las numerosas fotos aparecidas en la sección de sociales de *El Imparcial* y *Expreso*. Lo extraordinario es que a pesar de que cada uno de ellos dedica una plana al concierto, no se dice qué tocó el artista ni, mucho menos, cómo tocó.
>
> *El Imparcial* menciona en una línea a los autores, y como el párrafo es curioso, va a continuación:
>
> "Interpretó a Bach, Beethoven y Liszt (*¿Qué obras? ¡Sabe!*) en un programa que perduró (*¿Perduró?*) más de dos horas con un pequeño intermedio, dando lo mejor de su arte el maestro Leotta, cuyas manos, cual si tuvieran alas se deslizaban en el teclado (*¿No será EN el teclado?*), del cual surgían sonidos celestiales (*¡oooh!*), disfrutando

el público conocedor (*el no conocedor no disfrutó*) de un concierto de lujo, que al concluir recibió un ramo de flores de manos de la linda Adreana Gándara Fernández" (*¡Le dio el ramo de flores al concierto y no al concertista!*).

Por otro lado, aunque no se da el programa ni se habla de la interpretación del pianista, por separado se incluye información cultural:

"Ambigú: grandes mesas rectangulares con largos y elegantes manteles blancos y candelabros de plata sirviéndose en ellas bocadillos deliciosos, unos de ellos galletitas con salmón, queso crema y caviar, canapés con crema y espinacas y una extensa variedad más". (*Todo esto le encantaba a Bach*).

Debe haber sido el mismo "crítico musical" quien vuelve a hacer de las suyas en *El Imparcial* del 11 de noviembre de 2008, fecha en que se dedican a un concierto nada menos que cinco planas. ¡Cinco planas, dije! ¿Contienen una crítica del concierto, una entrevista con el director de la orquesta y los solistas, biografías de los autores de las obras? Nada de eso.

El texto que abre las cinco planas, es éste:

Las tenues luces que alumbraban la entrada de la antigua Penitenciaría de Hermosillo, ahora Museo de Sonora, hicieron brillar los vestidos de gala y los elegantes trajes oscuros que lucieron los asistentes a la Gran Gala musical que se ofreció el pasado jueves.

El evento encabezado por Rubén Matiella Villaescusa resultó todo un éxito gracias a la generosidad de los cientos de personas que estuvieron presentes en la elegante velada, cuyos fondos serán destinados al proyecto de restauración y adecuación de la antigua cárcel.

Autoridades estatales y sociedad civil, así como los condes Philippe de Reiset y Eva de Reiset, entre otras personalidades amantes del altruismo y del arte, llegaron a la explanada superior para escuchar en punto de las 21 horas el concierto ofrecido por la Orquesta Filarmónica de Sonora.

> Luego de la ovación que recibieron el maestro David Hernández Bretón y el pianista ruso Alexandr Pashkov, junto a la orquesta, se ofreció para los presentes un ambigú en la parte baja de la antigua cárcel, donde se vivió una espléndida noche de otoño.

Las cinco planas están cubiertas de fotografías en las que "brillan" los vestidos de gala y las joyas de las damas, así como los elegantes trajes oscuros de los caballeros. Sólo hay espacio para una columna de letras diminutas en la que se agregan nombres de los asistentes, lugar y fecha del concierto, y, ¡al fin!, al menos dos de las obras interpretadas por la orquesta: la obertura de *El barbero de Sevilla* y uno de los conciertos para piano y orquesta de Chopin. El músico polaco escribió dos; no se especifica cuál de ellos.

¿Por qué no haber eliminado una o dos de las muchas fotos, para dar el programa completo y una breve opinión sobre la interpretación del solista y de la orquesta? Porque todas las fotos eran importantes, sobre todo tres cuyos respectivos pies son:

> Charola de quesos, frutos secos y hojaldres.
> Trufas belgas.
> Paté trufado al oporto.

Las fotos del ambigú le robaron espacio a la música.

La sinfonía de Christian Bach

Lamento citar de nuevo a *El Imparcial*, pero como es el principal periódico de Sonora es también mi principal fuente de información. En el número correspondiente al 11 de octubre de 1993 se encuentra una breve reseña del concierto que ofreció la Orquesta de Cámara de Bellas Artes, bajo la dirección del maestro Enrique Barrios, dos días antes. La firma la licenciada Margarita Oropeza Ramos.

> La orquesta ejecutó dos conciertos escritos por mexicanos. El primero compuesto hace 250 años, según explicó Barrios, al mismo tiempo que en Europa hacían furor Mozart y Haydn. El primero fue de Bernal Jiménez

> y el segundo de Antonio Rodin; los dos son morelianos y prácticamente recién descubiertos hace 50 años, para gloria de la música mexicana.

En el programa previamente anunciado no figuraban esos autores, sino Antonio Salieri, Handel, Broschi, Rossini y Haydn. Es probable, como sucede a veces, que Barrios hubiera resuelto hacer cambios en el programa y dio explicaciones al público, lo que constituye un riesgo para un reportero no especializado en música porque tiene que anotar con rapidez lo que está oyendo.

El concierto se dio en 1993; si restamos a este año los 250 que menciona la nota, estaremos en 1746, año en que Haydn tenía 9 años mientras que Mozart (1756-1791) no había nacido. Es imposible que 250 años atrás de aquel 9 de octubre estuvieran haciendo "furor". Por otra parte, Miguel Bernal Jiménez no es una antigüedad de dos siglos y medio. El 16 de febrero de 2010 se conmemoró el primer centenario de su nacimiento. Tampoco fue "descubierto" hace 50 años. Se le reconoció como un gran músico desde temprana edad. A los 18 años ingresó en el Instituto de Música Sagrada de Roma donde se doctoró en órgano, composición y canto gregoriano. Aunque sólo vivió 46 años, su producción musical es rica y numerosa. Creó el Coro de Niños Cantores de Morelia, que le sobrevive. Sé lo que digo. O más bien, sé lo que dicen Lorena Díaz Núñez en *Como un eco lejano..., la vida de Miguel Bernal Jiménez,* y la viuda del artista, María Cristiana Macouzet de Bernal, en *Media vuelta al corazón: diario de una mujer.*

En cuanto a Antonio Rodin, no encontré información en los diccionarios especializados que consulté. Confío en que haya existido.

Los reporteros de eventos culturales volvieron a las andadas. El 6 de diciembre de 1998 apareció en la sección de Sociales una reseña del concierto que dio la Orquesta Sinfónica del Estado de Veracruz, bajo la dirección de Luis Herrera de la Fuente. La nota, sin firma, dice:

> Se dieron cita numerosos asistentes que quedaron complacidos ante las magistrales interpretaciones de obras de Christian Bach, Mozart y Beethoven.

El lector José Luis Sandín envió al periódico una aclaración no desprovista de humor, en la que reconoce que es un admirador de Juan Sebastián Bach y también de la hermosa actriz Christian Bach, y que ignoraba que fuera compositora. La coeditora de la sección, María Díaz, dio las gracias por la aclaración y trató de justificarse arguyendo que la reseña era "un publirreportaje". Pareció insinuar que si se escriben "publirreportajes" se vale meter la pata.

Yo mismo envié una aclaración el 18 de abril de 2000 a lo que publicó en el suplemento *Perfiles,* del día 9, el licenciado Héctor Rodríguez Espinoza. Al hablar de sus tiempos de estudiante hizo estas afirmaciones erróneas:

> 1ª. Que la Banda de Música de la Universidad tocó, bajo la batuta del mayor Isauro Sánchez Pérez, "el aria inicial" de La Traviata. Debió tocar la introducción o Proemio (así se le llama en el libreto). El aria es composición para una sola voz (ocasionalmente para dos) y en la Banda citada no había cantantes de ópera, a menos que el propio Rodríguez se haya animado a cantar la primera aria, asignada a Violeta.

Otro error fue asegurar que "desde tiempos de la Banda, no se tocaba música de La Traviata en un escenario sonorense". La interpretó enterita nada menos que la inmortal Ángela Peralta, que vino a Hermosillo y Guaymas en 1883, y difundieron sus mejores arias numerosos cantantes profesionales que vinieron en distintas épocas, y aficionados que el siglo antepasado organizaban funciones de teatro.

Francisco Araiza me aburrió

El último concierto del Festival Ortiz Tirado de 2008 lo dio el tenor Francisco Araiza. Fue una maravilla. Este artista, que reside en Alemania desde hace varios años y es conocido en los escenarios de Europa, posee una técnica perfecta. Interpretó arias de autores alemanes e italianos. Aunque yo estaba sentado en la fila 30, es decir, bastante retirado del escenario, las notas bajas que emitía el tenor no sólo me llegaban con absoluta claridad y en impecable fraseo, sino que vibraban dentro del oído.

No es de extrañar que todos, expertos y novatos en el canto operístico, saliéramos con angelical expresión satisfecha.

Me ofreció sitio en su vehículo del rector de la Universidad de Sonora para ir a la cena que solía ofrecer el gobernador Eduardo Bours Castelo la última noche de cada Festival. A punto de arrancar, subió también el dramaturgo Cutberto López, quien sin más, nos soltó:

—Pues sepan que el gobernador estuvo a punto de salirse a mitad del concierto.

No puse mayor atención a lo que me pareció una ocurrencia sin gracia, y menos al ver el trabajo que le daba al rector abrirse paso entre la multitud.

Llegamos casi los primeros a la finca donde se serviría la cena. Cinco minutos después vimos que aparecían el gobernador y su esposa y otros invitados. Los esposos Bours venían hablando de algo en lo que no se ponían de acuerdo. Se detuvieron para saludarnos —solían saludar personalmente a cada comensal—, y como si estuviera asentando su conclusión, el gobernador dijo:

—Pues será un gran cantante, ¡pero yo me aburrí!

Nos quedamos fríos. De modo que la observación de Cutberto López no había sido una ocurrencia. Durante un buen rato estuvimos con el pendiente de que sentaran a Francisco Araiza, uno de los últimos en llegar, en la mesa del gobernador, lo que por fortuna no ocurrió.

Cuando nos levantamos de la mesa, satisfechos por la cena y por la conversación, aguardamos a que los Bours se despidieran. Necesariamente pasaron otra vez a nuestro lado. En esta ocasión iba tras el gobernador un caballero maduro que parecía empeñado en convencerlo de algo, pero a todo replicaba el mandatario:

—Todo lo que dices no impidió que me aburriera. ¡Me aburrí!

5
Tonterías de bulto

Entre el arte escultórico y la ideología, caca

No soy experto en política y tuve que buscar a alguien que me explicara por qué en Sonora, al menos hasta mediados del pasado siglo, había monumentos al general Obregón, al general Abelardo L. Rodríguez y a don Adolfo de la Huerta, y no al general Plutarco Elías Calles, tan revolucionario como los otros tres.

El experto a quien consulté se sabía al dedillo los episodios de la lucha armada pero poco o nada de monumentos, y no se había dado cuenta de lo mucho que tardó el gobierno, nada menos que en 1967, en instalar una estatua digna de don Plutarco. Como di explicaciones en lugar de recibirlas, comencé por contarle el motivo de mi inquietud.

En 1946, varios ex alumnos del Internado Coronel J. Cruz Gálvez, creado por Calles en su tiempo de gobernador, se juntaron para reunir fondos y construir un monumento al general. Pero no tomaron en cuenta que a quien gobernaba entonces, el general Abelardo L. Rodríguez, no le era tan grata la memoria de Calles como la del general Álvaro Obregón. Y es sabido que todavía entonces algunos sospechaban que don Plutarco había estado tras el atentado contra don Álvaro.

Esta puede ser una especulación. El hecho es que don Abelardo no alentó la idea del homenaje. En cambio su sucesor, el gobernador Ignacio Soto Martínez, la hizo suya con entusiasmo y determinó que se construyera un monumento en el cruce del bulevar Rodríguez y la calle del general Yáñez. Además, promovió la formación de un comité al frente del cual quedó el señor Máximo Othón, ducho en el manejo de numerario y de reconocida honradez.

El comité gestionó la colocación, en los escaparates de los comercios céntricos, de fotografías del general Calles, con la idea de que al enterarse la gente de que se recolectaban aportaciones para el monumento, la caja registradora comenzaría a marcar ingresos.

No se podía afirmar que hubiera gran número de ciudadanos entusiasmados con el proyecto, pero sí pequeños núcleos que se oponían apasionadamente. Entre éstos, quien daba la cara era el periodista Israel C. González, director de *El Pueblo,* destacado miembro del Partido Acción Nacional, fundado en Sonora en 1939. Manifestó en varias ediciones de su periódico que no había simpatías hacia el proyecto, y el 18 de octubre deslizó lo que, a la luz de los acontecimientos que siguieron, podría considerarse una amenaza.

"Hay quienes aseguran que ese monumento no estará un solo día limpio", decía la cabeza de su comentario.

Al día siguiente, 19 de octubre, el gobernador Soto colocó la primera piedra del monumento, en el cruce ya citado, a las 11 de la mañana; lo acompañaron el presidente municipal y varios colaboradores y políticos. La ceremonia principal, con discursos que loaron al general desaparecido, tuvo lugar en la Biblioteca y Museo inaugurada apenas el año anterior; hizo allí los honores el director Fernando Pesqueira. Todo el mundo se retiró con aire satisfecho.

Sin embargo, el 20 informó *El Pueblo* que la primera piedra había amanecido cubierta de heces fecales, y que don Fernando Pesqueira se había presentado con personal a sus órdenes que lavaron la piedra a manguerazos. Los comentarios sobre el episodio tomaron derroteros chuscos, terreno en el que don Israel C. González era maestro. Las autoridades ordenaron que se vigilara celosamente la mancillada primera piedra día y noche.

Pasaron los restantes días de octubre sin novedad, y esto hizo descuidar la vigilancia. El 3 de noviembre, *El Pueblo* informó que durante la noche ¡se habían robado la piedra!

El comité consideró que el clima no era propicio para seguir solicitando la aportación de la gente, y resolvió dejar el proyecto para mejores tiempos.

Parece que en esa época fue deformada la frase bíblica, que quedó así: *Quien esté libre de culpa, que se robe la primera piedra.*

El mono bichi

El pueblo de Nogales no necesitó concursos y encuestas para escoger el nombre adecuado: El mono bichi. Así le puso al atleta desnudo de

más de 12 metros de altura, que clava una lanza en el corazón de un ave monstruosa, la superstición supuestamente, mientras a un lado, Benito Juárez permanece instalado en su imperturbable circunspección.

Este magno monumento –el Juárez mide cinco metros de altura y descansa sobre una base de 3.5 metros– fue idea del periodista José Pomposo Salazar, entonces presidente de la Junta Federal de Mejoras. Quedó ubicado en el sitio más transitado de la ciudad, por donde pasan los que van de la frontera hacia el sur o van del sur a la frontera.

El liberalismo, o más bien, el juarismo de don José Pomposo, era bien conocido. Permeaba las ediciones diarias de su periódico. De modo que cuando se supo que había encargado al escultor español Alfredo Just, residente en México desde 1939, un gran monumento a Juárez, cierto sector de Nogales, encabezado por un sacerdote, comenzó a recelar. Y eso que no conocía aún el proyecto.

Alfredo Just instaló un taller cerrado y se puso a trabajar con la mayor discreción. Pero en un pueblo pequeño no es posible guardar secretos. Corrió la versión de que esperaba a la comunidad algo pecaminoso. Y a fines de 1963, cuando se emprendió la lenta y llamativa maniobra para instalar el gigante desnudo, ¡ardió Troya! Al grupo conservador le parecía increíble que hubiera a la vista de todo el mundo un atleta, así fuera de piedra, mostrando el pene a todos los nogalenses. El sacerdote Ignacio de la Torre hizo circular volantes con textos reprobatorios, lanzó llamas desde el púlpito y organizó procesiones de fieles que salían a la calle a exorcizar con sus rezos a los demonios.

Don José Pomposo Salazar era un hábil polemista pero también un hábil político. Entendió que ganaba más si guardaba silencio que si respondía los embates, y siguió adelante con el proyecto, que fue inaugurado el 13 de enero de 1964. A casi medio siglo, el conjunto escultórico sigue allí convertido en un punto de referencia urbano: nos vemos en el mono bichi; chocaron allí, a cuadra y media del mono bichi; el mono bichi se convirtió, aunque no era la intención del escultor ni la del periodista, en la figura principal del conjunto.

No es De la Huerta, ¡es *El piolín!*

A fuer de hombre culto, el gobernador Luis Encinas Johnson (1961-1967) fue un gran impulsor de la escultura. Se propuso

honrar a los sonorenses que ocuparon la presidencia de la República y encomendó al escultor Ignacio Asúnsolo que modelara las estatuas de Adolfo de la Huerta, Álvaro Obregón, Plutarco Elías Calles y Abelardo L. Rodríguez, que en ese orden quedarían sobre el bulevar que lleva el nombre del último de ellos.

Asúnsolo falleció en 1965, pero para entonces ya había terminado las estatuas de cuerpo entero de los tres generales, que comenzaron a ser colocadas en sus pedestales en 1966. Faltaba la de don Adolfo, único civil del grupo. Su ausencia se prolongó sin que hubiera una explicación oficial al respecto, y apareció en 1967, cuando terminaba el sexenio de Luis Encinas.

La estatua era muy inarmónica. Desentonaba con las otras tres, que representaban a individuos gallardos y apuestos, en la cima del éxito. Este don Adolfo era un tipo desnutrido y sin movimiento. Uno diría que el escultor había tratado de economizar bronce. Entre los estudiantes que todos los días la veían al pasar hacia la Universidad, surgieron los chistes. El líder de moda entonces, entre los jóvenes, era Alejandro Sánchez Meza, apodado *El piolín* porque igual que el pajarillo de la caricatura, iba por aquí, iba por allá, curioseando, metiendo su cuchara en todo. Se volvió común escuchar: "Ése no es Adolfo de la Huerta: es El piolín".

El adefesio fue retirado (había entonces autoridades que daban oídos a la crítica) y se pidió al escultor Federico Canessi que modelara un digno De la Huerta. Es el que se admira hasta la fecha.

¿Quién metió la pata?

Sí, la gente es buena para poner motes a las estatuas. *El mono bichi* es un buen ejemplo, pero no el único. Al feo Juárez que cerca de la Plaza 5 de Mayo, en Navojoa, enarbola un documento enrollado, tal vez las Leyes de Reforma, le llaman *El Juárez del hot dog,* aludiendo a los ricos hot dogs que venden en los alrededores, en carritos. Y al monumento al centenario de Hermosillo, donde se colocaron cien pequeños cilindros, *El monumento de las tecates.*

Pero esto hay que contarlo de otra manera.

El 20 de julio de 1979, el gobernador Alejandro Carrillo Marcor inauguró el monumento, en la plaza que se encuentra en Rosales

y Niños Héroes, a un costado de la Biblioteca y Museo. Una urna que contiene ciertos documentos dirigidos a quienes, en 2079, la abran, se depositó al pie de las elevadas columnas; acto seguido, el acceso a la urna se cerró herméticamente con una placa de bronce sobre la cual se lee:

> Monumento conmemorativo de los festejos del centenario de Hermosillo como capital del Estado de Sonora, 1879-1979, ergido en honor de nuestros antepasados que forjaron esta ciudad...

Dice *ergido*, no *erigido*. Lo primero que vieron los presentes fue esa falta de ortografía, y será lo primero que verán quienes se acerquen, en 2079, a abrir la urna.

El primero que señaló el error, aunque con finura, fue *El Imparcial*, que en la edición del día siguiente transcribe en la nota informativa el texto de la placa de esta manera:

> Monumento conmemorativo de los festejos del centenario de Hermosillo como capital del Estado de Sonora, 1879-1979... en honor de nuestros antepasados que forjaron esta ciudad...

Pusieron puntos suspensivos en lugar de la palabra mal escrita. Al buen entendedor... Pero no hubo buen entendedor entre los cuatro directivos del comité responsable de los festejos, encabezado por el licenciado Juan Antonio Ruibal Corella, ni el menor intento de corregir la falta.

Pasaron siete meses.

En la sección editorial de *El Imparcial*, del 28 de febrero de 1980, apareció un artículo del profesor José de Jesús Valenzuela titulado ¿Quién metió la pata?, en el que señala que ya el licenciado Tiburcio Ibarra Morales había hecho notar el error, aunque nadie le hizo caso.

> No es para quedarse callados ni para hacernos los indiferentes, pues con eso se confirmaría que para nosotros el "ai se va" es un justificativo del poco cuidado que ponemos al hacer las cosas.

> Por último, considero que no se tomará en cuenta lo que digo y, en previsión, sugiero al licenciado Ibarra que averigüe el costo de fundir una nueva placa para que inicie una colecta pública con el fin de substituir a la presente corrigiendo el error que ostenta. Lo ayudaremos, licenciado.

En otra sección del mismo ejemplar se publicó una entrevista con el escultor Enrique Rodríguez Zazueta en la que denuncia:

> En el Estado se han gastado enormes sumas de dinero en obras escultóricas que no responden a un nivel mínimo de calidad artística; podemos mencionar, como ejemplo, el popularmente conocido (como) el monumento de Pemex Sol (*alude a los cilindros, que más adelante interpretaron otros como tecates*) erigido con un alto costo para conmemorar el Centenario de Hermosillo como capital del Estado, y que no sólo no reúne la mínima calidad escultórica sino que, además, no tiene siquiera las condiciones óptimas de diseño para armonizar con el lugar en el que fue colocado.

Entrado en la crítica, el maestro Rodríguez atacó en otros frentes:

> Las figuras de los 3 presidentes (*que son, en realidad, 4*) fueron pintadas con esmalte plateado como si se tratase de tambos de gas.
>
> Se pagó 150 mil pesos por un busto de Cárdenas que salió muy feo y se mandó hacer de nuevo con un costo similar.

Los miembros del Comité no reflexionaron demasiado la respuesta. La llevaron el mismo día al periódico, y apareció el día 29 en primera plana, con el titular "Ardiente defensa de un monumento". Evidentemente furiosos, amenazan al maestro Rodríguez con demandarlo ante los tribunales y dan una explicación absurda sobre el hecho de no haber corregido el error. Transcribo los párrafos principales:

> En la edición correspondiente al día de ayer, se expresan dos críticas curiosamente sobre el mismo tema. La primera de ellas, con cabida en la Sección Editorial, es sana, bien intencionada y constructiva...
>
> La explicación –nunca justificación– de esta confusión lamentable es que la primera de las circunstancias hizo fallar al herrero a quien se encomendó el trabajo. Ahora bien, en virtud de que la referida placa funge como puerta del Arcón de los Recuerdos, habría que consultar a la Escuela de Ciencias Químicas de la Universidad, si el hecho de removerla no afectaría los objetos que se encuentran depositados. En virtud de que el monumento ya es patrimonio público, suplicamos respetuosamente a las autoridades municipales proceder en consecuencia, ofreciendo toda nuestra colaboración.

Mientras el Lector recobra el aliento, resumo los curiosos puntos contenidos en el párrafo anterior:

1. El culpable del error es el herrero. Pero ¿no hubo quién vigilara el trabajo y le ordenara, al descubrir la falta, que hiciera otra placa? ¿Acaso el herrero se presentó con la placa un minuto antes de que se iniciara la ceremonia? ¿O no se dieron cuenta los del comité del error hasta que el resto del mundo lo vio en la placa ya puesta?
2. ¿Por qué involucrar a la Escuela de Ciencias Químicas, que por cierto no fue consultada formalmente? Habían pasado siete meses de la inauguración, ¿se colocaron en la urna milenarios papiros que podrían deshacerse al contacto del aire? ¿Habían muerto en esos siete meses los autores de los documentos y era imposible reponerlos?
3. En cuanto a las autoridades municipales, a cuyo campo se arrojó la pelota, ¿qué significa exactamente "proceder en consecuencia"? (Las autoridades municipales, por cierto, no se dieron por aludidas).

> En cuanto a la segunda crítica, que es el reverso de la medalla... rechazamos violenta y enérgicamente las expresio-

> nes ligeras, imprudentes, tendenciosas y con visible afán de notoriedad.
>
> Para ilustración del señor Rodríguez Zazueta, el monumento fue seleccionado por el Comité de entre varios bocetos diseñados por los señores arquitecto Salvador Hernández, ingeniero Fermín Villalba y Óscar Romo Salazar, jóvenes y valiosos profesionistas sonorenses de cuya labor nos sentimos ampliamente satisfechos a lo largo de todos los festejos.

No hubo, pues, y lo confiesan, concurso ni jurado. Los miembros del Comité pidieron bocetos a tres amigos y escogieron el que les pareció mejor. Ya se verá, al leer al final los nombres de los firmantes, que ninguno es arquitecto ni escultor, ni siquiera artista.

> Ahora bien, pensamos en algo audaz, fuera de lo común y que se saliera del trillado obelisco provinciano; para mayor información del señor Rodríguez Zazueta, sabíamos de antemano que el monumento iba a despertar controversia, pero que también ha sido ampliamente elogiado por visitantes nacionales y extranjeros precisamente por su originalidad.

Los del Comité sostienen que el importe del monumento, cuyo monto no informan, no estuvo a cargo del presupuesto del gobierno, sino de los ingresos captados en diferentes festejos. Lo que el maestro Rodríguez criticó fue que se gastara en exceso, sin que importe la fuente de donde proviene el dinero.

> Pero llama poderosamente la atención cómo el citado señor Rodríguez Zazueta no expresó su inconformidad con tiempo, misma que hubiera sido recibida con los brazos abiertos como fue el proceder del Comité, receptivo a toda clase de sugerencias. ¿Por qué lo hace ahora, seis meses después de inaugurado el monumento, cuando ya no están en funciones las autoridades de entonces ni el comité organizador de los festejos?

¿Por qué lo hizo meses después de la inauguración, y por qué lo podemos hacer nosotros, en 2011, tres décadas adelante? Digamos que porque le vino en gana, nos vino en gana, y porque está vigente la Libertad de Expresión.

> Pero todo lo demás es lo de menos, ante la última afirmación del señor Rodríguez Zazueta, quien con ligereza insensata que puede dar margen inclusive a una acusación ante los tribunales competentes, manifestó, refiriéndose a los monumentos, y sin hacer ninguna distinción, textualmente que "en esto debe haber deshonestidad porque el valor de esas obras es muy inferior a lo que se pagó".

El escrito, al terminar, cae en lo que tanto escandalizó al licenciado Ruibal, el doctor Gastón Cano Ávila y el señor Félix Tonella Luken, miembros del Comité, pues agreden al maestro Rodríguez. Llaman "adefesio" a la obra en proceso junto a la que fue fotografiado durante la entrevista, y en la cúspide de la intolerancia, afirman que "Fideas (sic) y Miguel Ángel se espantarían de contemplarlas."

Fideas escribieron, en lugar de *Fidias.* Tal vez pensaron que es el femenino de *fideos.* Basta esa línea para darle la razón al maestro Rodríguez.

Enloquecidos cambios de ubicación

Las ciudades de Sonora son jóvenes y es inevitable reordenar la ubicación de estatuas y monumentos cuando se abren nuevas calles o se amplían las existentes. Por eso fue movido dos o tres metros el monumento a Benito Juárez de Alfredo Just, en Nogales. Y muchos años atrás, cambiaron de lugar el obelisco con que se conmemora el triunfo de las armas mexicanas contra los franceses, en Guaymas, igual que la estatua del general José María Yáñez, al Panteón de los Héroes. En Ciudad Obregón hubo una razón para cambiar la estatua de La Madre de un parque a otro: el primero desapareció.

Pero en Hermosillo los cambios han llegado a ser enfermizos.

Las estatuas de los generales Ignacio Pesqueira y Jesús García

Morales, las más antiguas con que contamos, estuvieron en la planta alta, en el que se conoce hoy como Salón de los Gobernadores, luego a mitad de la escalinata central, enseguida en el centro del patio, y desde 2010, desprovistas de pedestal, pegadas simplemente a sendas paredes.

La del padre Hidalgo estuvo hace cien años cerca de Catedral, luego en la plaza de su nombre; el gobernador Álvaro Obregón la mandó a la Plaza 16 de Septiembre y el alcalde Francisco Búrquez la devolvió a su sitio original.

El busto del compositor Rodolfo Campodónico disfrutó la paz del Parque Madero muchos años, hasta que el alcalde Ramón Ángel Amante ordenó colocarlo donde se une la calle Serdán a la Rosales, la zona con más esmog en la ciudad.

La estatua de don Benito Juárez, del maestro Francisco Castillo Blanco, primer escultor que enseñó en la Universidad, fue inaugurada en el bulevar Rodríguez y la calle que se transformó en bulevar Luis Encinas, es decir, donde se encuentra ahora el capitán Juan Bautista de Anza (una de las pocas que no ha sido cambiada). Luego la mandaron al Jardín Juárez, y con motivo de la remodelación de ese paseo, en 2011, a quién sabe dónde. En su lugar colocaron el Juárez de cantera rosa que el gobierno de Oaxaca regaló al pueblo de Sonora. ¿Por qué un Juárez en lugar de otro Juárez? Absurdo.

La estatua de Eusebio Francisco Kino estuvo en el cruce del bulevar de su nombre y Anillo Periférico, en una tosca glorieta. Una decisión sin pies ni cabeza la llevó en 1991 a la salida norte de la carretera, prácticamente en despoblado; y una decisión tan sin sentido como la anterior, la trajo a las puertas de Catedral.

Mi Madre, la obra conmovedora de Asúnsolo, quedó en lo que hoy lleva el nombre de plaza Emiliana de Zubeldía, frente a la Universidad, y el gobernador Obregón ordenó en 1955 que la desterraran a la Colonia Olivares.

La madre, también de Asúnsolo, que estuvo en el vestíbulo del teatro auditorio de la Biblioteca y Museo, Dios sabe por qué se encuentra escondida en el Museo Regional del propio edificio.

En Rosales y Niños Héroes, a un costado de la citada Biblioteca, estuvo el monumento a los jóvenes mártires de Chapultepec; el go-

bernador Carlos Armando Biébrich dispuso que se fuera al bulevar Gómez Farías, a un costado de la Escuela Profr. Carlos Espinoza.

El busto del general Lázaro Cárdenas, del punto en que se unen las calles Jesús García y Revolución, fue enviado a una glorieta polvorienta en el bulevar que lleva su nombre.

La estatua de don Adolfo de la Huerta, sobre el bulevar Abelardo L. Rodríguez, fue movida unos metros porque estorbaba, según los especialistas, el tránsito de vehículos.

El conjunto magnífico de niños, obra de Humberto Peraza, ha conocido cuatro ubicaciones: la primera, en las afueras del edificio dedicado al cuidado de la niñez que ahora ocupa el Hospital Dr. Ignacio Chávez; luego, un prado de la Cruz Roja; un jardín descuidado de un edificio del magisterio en la Colonia Las Bugambilias; y ahora, la entrada de las instalaciones de Unacari.

El Venustiano Carranza que el presidente José López Portillo inauguró frente a la Casa de la Cultura en 1981, fue retirado de su sitio cuando se emprendió la construcción del Museo de Arte de Sonora (MUSAS), y lleva cuatro años abandonado en un baldío cercano a ese museo.

Una de las pocas obras que siguen en su lugar es el monumento que en los años treinta hicieron Asúnsolo y Fermín Revueltas en el Parque Madero; intentaron removerlo cuando se instaló a pocos metros la estatua de Julián Martínez, pero no pudieron o se arrepintieron.

Se pueden contar aquí unos veinticinco cambios, sin considerar el sitio en que originalmente estaban colocadas estas obras. Es una barbaridad. No se pueden enraizar tradiciones urbanas ni crear puntos de referencia con las estatuas y monumentos en permanente ir y venir. Y hay que dejar constancia de que los cambios se llevan al cabo sin consultar a la gente y sin explicar las razones, si las hay, como no sea la ocurrencia del gobernante en turno.

Publiqué una crónica parecida en el libro *Recuerdo que recuerdo* y he expuesto el asunto en pláticas informales y conferencias. A las autoridades incultas las denuncias del ciudadano les valen gorro.

6

Para regarla se pintan solos

Los que no saben de murales, que no opinen

En 1981 llegaron por primera vez a Sonora los pintores Enrique Estrada y Teresa Morán, esposos entonces, contratados por el Gobierno del Estado para pintar un mural histórico, el que hoy se ve en el cubo de la escalera central y la planta alta. En enero de 1982 presentaron el anteproyecto a un grupo de historiadores y funcionarios que opinaron y dieron ideas sobre el contenido de la obra.

Estrada tenía cierta experiencia en murales, aunque no muy amplia, y Morán, ninguna, pero los había recomendado la crítica Raquel Tibol y eso era suficiente para verlos con respeto. Nada sabían de la historia de Sonora, pero se entregaron al estudio de libros y documentos y visitaron más de una vez las zonas indígenas en el Yaqui, el Mayo y la costa de Hermosillo. Además, hicieron un viaje a Italia para refrescar su conocimiento de las técnicas en los murales de los grandes maestros del pasado.

Se comprometieron a terminar el trabajo en tres años, y en tres años lo concluyeron, pero meses antes, en el verano de 1984, Héctor Martínez Arteche se puso a pintar su mural en la planta baja, con una técnica diferente y un estilo por completo distinto. Y se produjo entonces una polémica entre los pintores de arriba y el de abajo, y otra polémica entre críticos informados y criticones improvisados contra los esposos Estrada-Morán.

Obviamente (obvio, porque vivimos en Sonora), se reprochó a Teresa Morán que pintara tantos desnudos, a lo que respondió en junio de 1984:

> En un Estado como el de Sonora, donde todavía existe una mentalidad estrecha, pueden escandalizarse. Sin embargo, en la Capilla Sixtina todo el mural es de desnudos, hombres y mujeres. El cuerpo humano en el arte seguirá existiendo. ¿Cómo podría pintar la creación de una tribu con los cuerpos humanos cubiertos? Eso sería mojigate-

> ría... Vivimos en el Siglo XX. Qué bueno que se hable de los desnudos de mi obra. Así los sonorenses se irán habituando y coadyuvarán al desarrollo de su propio criterio estético y moral

Hubo también objeciones históricas. El general Abelardo L. Rodríguez, autor del despertar educativo y económico de Sonora, no aparece en absoluto en el mural, lo que es explicable porque no era santo de la devoción del gobernador Samuel Ocaña. Pero hubo otras modificaciones alentadas por motivos ideológicos. Estrada pintó los rostros de Marx y Lenin en el muro sur de la escalinata y fue conminado a borrarlo. Allí quedaron, finalmente, Ricardo Flores Magón, Lázaro Gutiérrez de Lara, Manuel M. Diéguez y Esteban Baca Calderón.

Estrada dijo luego que sólo había aceptado la eliminación de un caballo y de un perro, y llamó la atención a los reporteros hacia lo usual de hacer cambios sobre la marcha.

El número y la diversidad de las opiniones puede considerarse normal, pero algunas de ellas, que para no afectar susceptibilidades, podríamos calificar de divertidas, sirvieron para medir el grado, no satisfactorio –me sigo expresando en tono diplomático– de la cultura de los sonorenses en la materia. Resulta útil conocer la última polémica, que estalló tres años después de haber sido terminados los murales, porque contiene los principales puntos de discusión y porque fue el portazo que dejó atrás la cuestión.

El 16 de octubre de 1988, en el suplemento dominical de *El Imparcial,* apareció el reportaje *Nos dieron gato por liebre,* de Norma Alicia Pimienta. Aflora en él la queja de los pintores locales por no haber sido llamados a elaborar los murales, o al menos a participar en ellos, habida cuenta de que Héctor Martínez Arteche, aunque con más de veinte años de residencia, entonces, en Sonora, es originario de la Ciudad de México. Buena parte del reportaje la ocupan los pintores Mario Moreno Zazueta y Enrique Rodríguez Zazueta, entrevistados por la autora, quien agrega varias observaciones personales.

> Mario Moreno asegura que ninguno de los tres artistas dieron tratamiento adecuado a sus muros y que otro de

> los aspectos que consideró inadecuado es que pintaron muy cerca del zoclo, casi pegados al piso. De ahí que los visitantes despreocupados de palacio alcancen a poner la bota en el mural. Se sobreentiende que mientras más abajo pintan se logra una superficie mayor y por lo tanto, más metros cuadrados que se pueden cobrar.

Esta observación es injusta por lo que toca al mural de Arteche, que dejó al menos un metro libre del piso hasta la pintura de la obra y ocupó ese espacio en plasmar una frase alusiva. Igualmente injusto es sostener que Francisco Romero Meneses era contratado para pintar murales en Ciudad Obregón gracias a las influencias de su hermano Alejandro, que fue magistrado del Supremo Tribunal de Justicia en 1979. Francisco gozaba de prestigio propio en la región desde 1956, año en que pintó su primer mural en el palacio municipal. Y, por otra parte, ningún magistrado tenía influencias, ni las buscaba, en los municipios. Parece que en el momento de ser entrevistado, Mario Moreno tenía un humor de los demonios porque se expresa en forma peyorativa de los cajemenses. *¿Quién en Obregón se pone a analizar murales?* (...) *pueden ser vistos... como el punto de vista de lo que es el arte ingenuo,* dice.

Por lo que toca a Enrique Rodríguez, dijo que *los murales de palacio reflejan una visión idealizada de la burguesía sonorense sobre la Revolución Mexicana.*

Con la aviada que le dieron los dos pintores, la periodista se lanzó a hacer por su cuenta estas afirmaciones:

Que las máscaras de los fariseos (pintura de Teresa Morán) son desproporcionadas respecto de los rostros de los indígenas;

Que Morán es egocentrista porque se autorretrató en el mural de la planta alta (como lo hizo Arteche en el mural de la antigua Escuela de Agricultura y Ganadería, y como lo han hecho muchos otros artistas, sin contar con que el egocentrismo no atenta contra la plástica; antes bien, la ayuda);

Que "siendo México cuna del muralismo" no es disculpable que en dos ocasiones hayan ido a Europa Estrada y Morán "a tomar ideas":

Que hay "ambigüedades sexuales" en la obra de Estrada (a la reportera la gran figura del cubo de la escalera le parece hombruna, y como tiene senos, la califica como queda dicho).

Intenta ridiculizar a Estrada porque en algunas ocasiones, asegura, se cayó "de la silla o tapanco" y reproduce en el periódico *La última cena* de Dalí, para "demostrar" que Estrada lo copió ya que encerró parte de su escena en una estructura que, con cierta imaginación, recordaría la caja de paredes transparentes en la que se halla Cristo con su discípulos, en la versión del pintor catalán.

La respuesta al reportaje no tardó. El 28 de octubre apareció una carta de la licenciada Marina de Ruiz, mujer culta, de juicio sensato y claro, que salió en defensa de Enrique Estrada y Teresa Morán en quienes no se había "derrochado presupuesto", como lo había afirmado Pimienta, pues por cuenta de ellos corrieron la renta de casa y de alimentación así como los gastos que hicieron en un viaje a Italia. Aquí Marina afiló el estilete para anotar que es *México la cuna... del muralismo mexicano.* Como se sabe, en Europa pintaban murales antes que Cristóbal Colón se apareciera en América.

Ridiculizó la idea de que los artistas hubieran cobrado por metro cuadrado *porque hasta donde yo sé, un pintor muralista no cobra igual que un pintor de brocha gorda.* Y dirigiéndose a la reportera, puntualizó:

> Sólo un poquito de conocimiento de estos menesteres, le habría hecho confiar más de la apreciación que hizo en su primera visita, más suya y más real, más verdadera que la que realizó con "otros ojos", prejuiciados porque le dijeron "qué tenía que ver" impidiendo el contacto directo entre su sensibilidad y la obra. ¿Para qué el arte, si no puede ser apreciado por quien no tenga previo acceso a un conocedor?

No hubo contrarréplica y pareció que los murales serían dejados en paz. Sin embargo, fueron objeto de una mutilación. En el sexenio del gobernador Manlio Fabio Beltrones (1991-1997) se cerró el

pasillo de la planta alta para crear un espacio dedicado a reuniones numerosas: *El salón de la Constitución.* Con ello, quedó fuera de la vista del público un tercio del mural de esa zona y se rompió la continuidad del mensaje plástico. Quiero creer que fue una mera casualidad que la porción que quedó fuera de la vista del público es la que contiene los desnudos.

Si pierdo, hago berrinche

Es historia frecuente que los artistas que compiten en un concurso, si no son premiados, se sienten frustrados y traicionados. Algunos se tragan la amargura, otros se conforman con una mentada para los jurados. A veces el desahogo trasciende al público.

En 1985, la joven Casa de la Cultura de Hermosillo convocó al Primer Concurso Estatal de Pintores Sonorenses. Se pusieron exigentes los organizadores; sólo podrían participar los sonorenses por nacimiento y que, además, tuvieran residencia de cuando menos siete años. Con esa cláusula quedó fuera un buen número de artistas.

Las personas que integren el jurado calificador serán escogidas por los organizadores de acuerdo a un perfil que asegure la imparcialidad de las decisiones y la calidad de los trabajos seleccionados, anunciaba otra cláusula, bajo cuyo texto se encontraba la mecha de un explosivo. Porque cuando el jurado anunció los nombres de los ganadores: primer lugar, Martha Peterson; segundo, Mario Moreno Zazueta; tercero, Acero Ávalos Félix, estalló la inconformidad.

Gustavo Ozuna, Marisela Moreno, Rito Emilio Salazar, Adán Ramos, Mario Moreno y otros artistas dirigieron un oficio al subsecretario de Cultura, Ernesto López Riesgo, para manifestar su reprobación de *un comité organizador que suponíamos responsable y capacitado.*

> A una serie de errores iniciales se sumaron otros muchos desaciertos que dieron al traste, desde el principio, a un evento que pudo haber sido valioso. Aún con todos esos presagios, continuamos, tranquilos, interpretándolos como errores propios de todo evento germinal. Sería más

> tarde, al enterarnos de los nombres de las personas que integraron el jurado calificador, que despertamos a la más profunda sensación de que habíamos sido engañados.
>
> Los integrantes del jurado, en nuestra opinión, no cumplen en mínima parte con lo ofrecido por la convocatoria, que estipuló que nuestro trabajo sería calificado por personas de reconocida trayectoria y capacidad profesional. De los tres miembros que integraron dicho jurado (cuyos nombres debieron ser dados a conocer oportunamente), sólo uno ha realizado esporádica labor profesional; los otros dos han continuado solamente caminos paralelos a nuestro oficio y vale aclarar aquí que sólo el gusto o amor por la pintura no capacita a nadie para convertirse, más tarde, en gran crítico de la plástica sonorense.

El jurado lo formaron el arquitecto Hiram Marcor Mora, Mario Quiñones y Roberto Parodi.

En 1987 se concedió al Instituto Tecnológico de Sonora, con sede en Ciudad Obregón, el honor de ser la sede del II Salón de la Plástica del Noroeste, certamen bienal. No contaba la institución con una galería siquiera pequeña, por lo que se dispuso que los cuadros seleccionados se exhibieran en el vestíbulo del teatro.

En mayo arribó a la ciudad la afamada crítica Raquel Tibol, acompañada por el maestro Tomás Parra y Jorge Bribiesca, director de Artes Plásticas del INBA. Eran los jurados. De inmediato se pusieron a seleccionar, lo que no era difícil porque la gran mayoría de las 163 obras recibidas eran de modesta factura; sólo fueron escogidas 64. Además, los buenos artistas de Sinaloa y Baja California ya eran conocidos por los tres jueces. Por la noche dieron a conocer el fallo.

Pero resulta que...

Terminada la lectura del acta, el rector Oscar Russo Vogel tomó el micrófono para dar las gracias a los jurados y los participantes, y mientras hablaba, los pintores Víctor Vega Rosas y Delfino Robles se encaminaron hacia donde estaban sus cuadros, los descolgaron

y se retiraron con ellos; lo mismo hizo el pintor Enrique Espinoza Pinales y, se dice, aunque no encontré constancia, que los imitaron Elsa Marta Cacho y Sandra Luz Leyva Valle.

Ante el asombro de los presentes, la señora Tibol, entonces de 64 años de edad, se dirigió con paso presuroso al espacio que Vega había dejado vacío y, armada de un plumón, escribió: "Es anacrónico creerse el número 1 y es un desprecio para los colegas".

Mientras tanto, Delfino Robles había descolgado su cuadro, y con rápido reflejo fue allá la señora Tibol para estampar su reproche: "Retiró su obra porque no fue premiada. Le falta a usted espíritu gremial".

El espectáculo era no sólo inesperado sino inusitado. Desde el presidente municipal Sóstenes Valenzuela y su esposa, hasta los estudiantes que se hallaban en el recinto, se veían desconcertados, y algunos, tal vez, asustados. El rector Russo, hombre de pocas pulgas, debe haber pasado con rapidez del asombro a la ira pues por lo que toca a Víctor Vega, cabeza de la protesta, no era un pintor solamente sino el maestro de plástica del Instituto. Y el Instituto era el anfitrión del certamen.

La bolsa de 2.5 millones de pesos (a valores inflacionarios de 1987) fue distribuida por los jurados en 12 premios, y en esa distribución hubo para los pintores que protestaban otro motivo de ofensa. A Ciudad Obregón sólo se asignó un modesto premio, a una fotografía de Antonio Mota. En cambio, Rosa María Robles, sinaloense, se llevó 800 mil pesos, casi un tercio de la bolsa, por una obra que la gente veía con recelo: un tronco de árbol con una piedra clavada. Bastaba ver a la señorita Robles, una guapa y bien vestida mujer, para colegir que el trabajo principal lo habían hecho, bajo su dirección, desde luego, obreros duchos en manejar sierras eléctricas y martillos (*).

El profesor Tomás Parra dijo a los reporteros que la actitud de los que protestaban era una grosería. El periodista Bernardo Elenes Habas escribió en su reseña del día siguiente que el público *contemplaba asombrado la actitud de los dos participantes* (*Diario del Yaqui*).

Los pintores Vega, Robles y Espinoza difundieron un boletín de prensa en el que calificaron de *anacrónico y arbitrario* el criterio de calificación, negaron que hubieran tenido la intención, como lo se-

ñaló la señora Tibol, de ofender a sus compañeros y puntualizaron:

> Indudablemente que en la selección hubo obra de calidad, pero también es cierto que otras carecen de la calidad necesaria para estar ahí –hay que ser solidario pero también conscientes– y que muchos compañeros que mandaron obra de mucha calidad fueron suprimidos y están en pleno derecho de saberlo y nosotros de decirlo.

Víctor Vega había ganado el concurso estatal de 1986 convocado por la Casa de la Cultura de Hermosillo. Su actitud y la de sus compañeros, todos jóvenes, estuvo fuera de lugar. La inconformidad, justificada o no justificada, no es motivo para dejar a un lado los modales y el respeto a la institución anfitriona. Pero si ellos estuvieron mal, doña Raquel Tibol estuvo peor. Pudo haber reprochado la conducta de los pintores cajemenses con razonamientos, puesto que tenía el micrófono a un paso. De su edad y su experiencia lo menos que podía haberse esperado era tolerancia. Pero perdió el control... y la figura.

(*) Por conducto de Mónica Ejhered, la escultura de Rosa María fue donada a la Unison; se halla, bastante destrozada, en el jardín del edificio de Rectoría.

Lo mejor de la exposición: los bocadillos

Un columnista de Hermosillo que comentaba cada semana los eventos culturales en *Tribuna del Yaqui* solía señalar lo peor, lo triste y lo grotesco entre ellos. En diciembre de 1987 decidió que los tres adjetivos se los había ganado la exposición de pinturas de la señora Sonia Araiza de Félix, que tuvo lugar en la Casa de la Cultura.

Más que exposición, fue una reunión social con damas encopetadas y funcionarios de la administración estatal –la expositora era parienta del gobernador Rodolfo Félix Valdés–, que no solían verse en los centros de cultura.

Los verdaderos artistas, los que hacen milagros para pintar porque carecen de recursos, se quedaron boquiabiertos cuando llegaron a la sala Eusebio Francisco Kino elegantes meseros y co-

menzaron a repartir ricos bocadillos con vino blanco a discreción. Y esto no era nada. Les faltaba echar un vistazo al interior donde había dibujos tiesos, ingenuos, sin técnica definida, encabezados por un retrato de la esposa del gobernador, con una tarjeta adjunta en la que se leía que doña Sonia *logró captar la esencia y el espíritu de la señora Félix Valdés a través de este cuadro, donde se refleja su personalidad mística y elegante.*

Casi todos los cuadros llevaban una "explicación" adjunta, como si no los estuvieran exponiendo en una institución de cultura sino en un pueblito de analfabetas. *En esta trilogía de payasos,* dice la que se refiere a tres monos que parecen de almanaque.

En *Un lago suizo,* la tarjeta destaca *la belleza estética,* como si hubiera belleza no estética. Un cuadrito de tulipanes *fue logrado por la artista en Tucson, Arizona. Al observarlo se puede apreciar que las hojas parecen reales y marcadas en otra dimensión.*

Estos galimatías se repetían a cada paso y el público, que comenzaba a leerlos con enojo, terminaba por divertirse un resto.

La señora de Araiza –decía una de más allá– *deseaba pintar un personaje con características muy determinadas, como lo son mirada inteligente, filósofo y bondad. Lográndolo* (así está la puntuación) *al plasmar la imagen del padre González.*

La autora estaba orgullosa de un cuadro llamado *La tercera caída,* que según el aviso ganó dos concursos, pero no se dice cuales; tal vez allá mismo, en la escuela primaria de Caborca de donde procedía.

En el cuadro *Mariposa* se indica que se observa *la retrospectiva* (tal vez se quiso decir *perspectiva).* El retrato de Walterio Pesqueira está acompañado de un libro abierto donde se ve una gráfica cualquiera. *La ambientación de la obra* –dice la inefable tarjeta– *fue producto de la señora Araiza de Félix, las estadísticas son reales.*

Deberían haber mandado a esa exposición a Raquel Tibol, en venganza.

Moralidad es retratar a la gente con ropa

Es interesante observar con qué placidez duerme el sentido de lo moral cuando en la sociedad contemporánea surgen a la luz

pública asuntos de fraude, abuso del poder público, tráfico de influencias, olas de homicidios, y cómo surge impetuoso y agresivo ante desnudos femeninos o masculinos, sean reales o estén plasmados en fotografías y pinturas.

En 1991 vino a actuar la cantante y bailarina Gloria Trevi, entonces con la frescura de la juventud, y un grupo de señoras exigió a las autoridades que no la dejaran actuar porque daba un pésimo ejemplo a la juventud. El mayor atrevimiento de la joven Trevi era fingir que se quitaba una pantaleta que arrojaba a la multitud; y escribo "una pantaleta" porque traía varias disponibles para el espectáculo, a fin de no quedar en tales condiciones que, entonces sí, la detuviera la policía.

Ese mismo año, el extraordinario fotógrafo Javier Ramírez vino a exponer una serie de fotos enviadas previamente, pero encontró que la Asociación Sonorense de Artes Plásticas había resuelto suprimir cinco de ellas porque se veían los genitales masculinos.

> *Sentí que el propósito a todas luces era extraestético* –dijo en un boletín Alberto Herrera, presidente de la Asociación– *con una intención manipulativa de obtener notoriedad. No me pareció que tales imágenes cumplieran el objetivo de difundir obra con contenido de armonía, belleza y unidad suficiente para elevar el sentido estético de nuestros visitantes* (a la sala de exposiciones).

Lleno de amargura, el artista declaró a la prensa antes de marcharse:

> *¿Qué opinión tendrá Alberto Herrera de la extraordinaria obra mítica de Widkin, de la agresividad de los desnudos de Mapplethorpe, de la sensualidad de los desnudos de Kitts, de Weber, de Liszt? ¿Qué pensará de la violencia fotográfica en la obra de esa mujer que se llamó Diane Arbus?* (*El Imparcial*, 22 de septiembre, 1991).

El director de *El Sonorense* resolvió apoyar la causa del artista y envió una reportera al Kiosco del Arte, donde estaban las fotos censuradas a buen recaudo, con el propósito de publicar en el periódi-

co fotos de las fotos. Sin embargo, el pintor Marco Antonio Félix, un hombre de criterio abierto, bajo cuya responsabilidad habían quedado las fotografías, impidió a la reportera que viera una. *Está bien para una galería de arte, pero no para publicarse en un periódico que van a ver niños,* dijo.

Irónicamente, el director de *El Sonorense* comentó: *Marco Antonio usurpó mis funciones.*

En mayo de 1996 se abrió en la Casa de la Cultura de Hermosillo la VII Bienal de Fotografía con obras de arte de varios autores de diversos puntos de la República. Venían varios desnudos y de inmediato algunas señoras, probablemente las mismas que habían combatido a la Trevi, pusieron el grito en el cielo y pidieron que la Bienal se cancelara.

Los científicos Julio César Montané Martí y Ernesto Camou Healy, el actor Alfredo García Márquez y otros levantaron su voz en defensa de la libertad de expresión. Se organizó una mesa redonda con invitaciones para el fotógrafo Eduardo Velázquez, que había calificado las obras de arte como "basura"; la señora Natalia Vidales de Zepeda, cabecilla de las mujeres escandalizadas; la pintora Helga Krebs y los escritores Miguel Manríquez y Francisco Luna. Helga produjo una apasionada y bien fundamentada tesis sobre la libertad en el arte, y los dos escritores la secundaron. Con sus juicios apagaron las protestas y la exposición estuvo el tiempo por el que había sido programada.

Trece años después, un hijo de la señora Vidales de Zepeda, que tendría entonces 17 años, resultó electo diputado local. Es probable que su éxito político se haya debido a que en la adolescencia no fue contaminado por la vista de desnudos.

7

Ganchos al hígado de la literatura

Nuestro record: el libro con más erratas en el mundo

Sonora tiene el dudoso honor de haber publicado el libro con más erratas en el mundo. Se trata de la antología *Cuéntame uno,* de El Colegio de Sonora, impresa en 1986. El compilador fue Gerardo Cornejo Murrieta y la edición estuvo bajo la vigilancia, dice el colofón, de Miguel Manríquez Durán y Maricela Moreno Cano. En las 179 páginas del libro, de las cuales ocupan el texto 152, el maestro Darío Galaviz documentó 436 erratas, casi tres por página.

Debe puntualizarse que no incluye en ese total la falta o la sobra de acentos porque si las hubiera tomado en cuenta, su reseña, que cubre de la página149 a la 209 de la revista *Ciencia literaria,* números 4 y 5, correspondiente al periodo de junio de 1986 a agosto de 1987, habría cubierto la totalidad del ejemplar. Sí están enroladas las faltas ortográficas, la mutilación de textos, la supresión de palabras, las trasposiciones indebidas, la falta o sobra de puntuación, las deficiencias en fichas biográficas, etc. Algún autor se quejó de que no le dieron la oportunidad de seleccionar un cuento mejor que el que, sin consultarlo, le publicaron.

El proyecto de esta antología fue del abogado y poeta Sergio Calderón Valdez, cuando coordinaba las publicaciones del Gobierno del Estado. El tiempo lo venció: la administración para la que trabajaba llegó a su fin sin que hubiera dado cima al proyecto. Fue recogido por Gerardo Cornejo, rector del citado Colegio de Sonora, quien solicitó colaboraciones a los cuentistas y los jerarquizó a su gusto: primero los consagrados, encabezados por Edmundo Valadés y el propio Cornejo, y en una segunda parte, los que a juicio del compilador eran autores noveles.

El maestro Galaviz obtuvo los textos utilizados en la imprenta para asegurarse de que al capturarlos le pasaron de noche las erratas a los correctores de pruebas... si los hubo.

A continuación, unas cuantas muestras del desaguisado; a la izquierda se anota la palabra o palabras como se publicaron, y a la derecha, cómo debieron aparecer:

Pág. 11	
Dice: Extravía	Debe decir: extraía
Pág. 12	
Esos cerros de Guaymas coronados	esos cerros coronados
Muebllles	muelles
Pág. 13	
Su presencia se concertaba	Su presencia se concentraba
Pág. 16	
Evocaciones románticas	evocaciones románicas
Pág. 17	
Volvía a Hermosillo	Volví a Hermosillo.
Pág. 23	
Empiezan a oradar	Empiezan a horadar.
Pág. 24	
Y sabe que la visión al revés	Y sabe que la visión de ellos es una visión al revés.
Pág. 34	
Va a reírse de aquel atrevimiento senil	Va a reírse de aquel atrevimiento infantil.
Pág. 49	
La estampa repetida de las casas	la estampa repetida, las casas
Pág. 53	
Don Pablo, vijo cliente	Don Pablo, viejo caliente.
Página 55	
Duélete de ti, ¡ya!	Duélete de ti, ¡ay!
Vida excenta de trabas	Vida exenta de trabas
Pág. 58	
Charca nauseabunda ignoraban	charca nauseabunda; ignorando el repudio
Pág. 61	
Mis huadañas	Mis guadañas

Pág. 62	
Sus labios sangran golpeados	Sus labios golpeados
Pág. 65	
Asesinados por los otros	Asesinados los otros
Pág. 44	
Hicieran de su coño un culto	hicieran de su culo un culto
Pág. 69	
Estoy aburrida, aburrida, aburrida...	Estoy enfadada, enfadada, enfadada...
Pág. 71	
Es posible que nunca la haya querido	es posible que jamás la haya querido
Blanca, suave y la pasó por la mía	blanca, suave y la posó en la mía.

En fin, no es posible transcribir las 436 erratas que incluyen una hoja mal compaginada. Los responsables insertaron una fe de erratas, 24 en total, casi todas localizadas en los cuentos de Cornejo. Faltaron 412. El maestro Darío Galaviz sugirió la reedición del libro, pero a más de 20 años los autores prefieren olvidarlo.

Anclado en el primero de la serie

El abogado Héctor Rodríguez Espinoza ha sido un escritor con mala suerte. En 1978 publicó el primer tomo de la *Suma legislativa de Sonora,* planeada para seis volúmenes, que se quedó en ese primero. Y en 1987 también se detuvo en el primer tomo de los tres de que debería constar *La cultura en Sonora.*

La *Suma Legislativa* presumiblemente sería una colección de todas las leyes vigentes en nuestra entidad. Cuando el licenciado Rodríguez era director de la Escuela de Derecho de la Universidad de Sonora mandó imprimir el primero y único volumen, que coincidió con la expresión de su deseo de competir por la rectoría de la Casa de Estudios. Se puso la soga al cuello. El rector Alfonso Castellanos Idiáquez se preparaba para reelegirse y le fue fácil eliminar a quien no llegó a ser formalmente su rival. Hizo publicar un desplegado de prensa en el que señalaba serias omisiones de la *Suma,* que

para desgracia de su autor eran notables y fácilmente localizables; por ejemplo, había publicado normas que habían sido derogadas, como si continuaran en vigor.

El caso de *La cultura en Sonora* fue más sonado. Iba a ser la historia de la cultura pero desde el principio el autor se enredó. Para hacer gala de conocimientos comenzó por enumerar los avances del hombre en Europa en materia de arte, en la época en que México era colonia de España y apenas comenzaba a civilizarse. Los errores en la escritura de nombres propios, en fechas, en juicios, menudeaban.

Durante la presentación formal del volumen, a fines de mayo de aquel año, en la Sociedad Sonorense de Historia, hubo veladas críticas en la mesa misma del presidium. El rector Manuel Rivera Zamudio dijo:

> Es un gran imperativo alcanzar profundidad en el conocimiento de nuestra cultura para que podamos edificar un pueblo con un espíritu poderoso.

El autor se defendió al cerrar la velada:

> Por la naturaleza propia de este ensayo y en el afán de aterrizar en el presente y visualizar el futuro en el ámbito que nos preocupa, hemos preferido sacrificar la profundidad en el análisis de cada una de las etapas.

Fue significativa la actitud del rector de El Colegio de Sonora, Gerardo Cornejo Murrieta, que también estaba en el presidium: se abstuvo de hacer uso de la palabra.

Los escritores dedicados al periodismo se lanzaron a la yugular del abogado Rodríguez, particularmente Alonso Vidal, José Terán y Francisco Luna, y posteriormente Carlos Moncada. Los comentarios fueron serios pero con toques irónicos y algunos, sarcásticos, pero todos coincidieron en pedir a la Universidad, que patrocinaba aquel trabajo, que suspendiera su apoyo. Vidal asentó el 13 de julio en *El Sonorense:*

> *¿Que hay convenios? Pues a romperlos, mi querido ingeniero Manuel Balcázar* (recién estrenado rector).

El escritor y maestro Francisco Luna fue demoledor en el suplemento *La llama y la palabra (El Sonorense,* 26 de julio):

> (la obra) *es una casa de citas con la cual la perspectiva epistemológica y metódica se pierde en la capacidad argumentativa y en la falta de imaginación conceptual... La voz autoral desaparece en el enredijo de referencias, llegando al colmo en que el autor cita a Cornejo, éste a Pedro Henríquez Ureña y éste a De las Casas, haciendo cita de la cita... Al parecer este trabajo pone en tela de juicio el estatus de la investigación histórica que se realiza desde los presupuestos de la educación superior y posgrado en la entidad, al volverse un fichero empastado en el que no se podría experimentar una enunciación coherente e imaginativa que le dé originalidad y universalidad en el nivel del enunciado (historia).*

El autor consideró que si la crítica estaba unificada contra él, algo había que remediar. Recogió los ejemplares que había distribuido y pidió a los periodistas un mes de plazo para corregir desaciertos. Rebasó los 30 días de armisticio, pero finalmente entregó los nuevos ejemplares del libro a los periodistas. Ninguno ocultó la decepción, pero quien la expuso con mayor amplitud fue Carlos Moncada, en el *Diario del Yaqui,* edición del 3 de agosto:

> *Lamentablemente no entendió* (Rodríguez Espinoza) *que si algún camino había para mejorar su libro (y no creo que lo haya), no era el de las adiciones sino el de las supresiones... El lenguaje es pobre, mezcla los tiempos verbales... Hay fallas de concordancia...*

Y formuló una larga relación de nombres propios (algunas docenas) mal escritos a pesar de ser, la mayoría de ellos, muy conocidos.

Actuando con astucia, el licenciado Rodríguez guardó los ejemplares de *La cultura en Sonora,* en espera de mejores tiempos, que llegaron cuando el licenciado Juan Antonio Ruibal Corella asumió la dirección del Instituto Sonorense de Cultura. Es curioso que trece años después de aquel episodio utilizó uno de los capítulos del libro criticado, aunque sin indicar su procedencia, para escribir un artículo que formó parte de la obra colectiva *Memorias del Simposio Kino,* edición del Instituto Sonorense de Cultura. A pesar del tiempo transcurrido, volvió a incurrir en las mismas faltas que le habían señalado. En su colaboración se lee:

> *Leonardo de Vinci,* por Leonardo da Vinci;
> *Mathias Grunewald,* por Mathias Grünewald;
> *Corregio,* por Correggio;
> *Andrés de Sasto,* por Andrés o Andrea del Sarto;
> *Felipe de Bigamy, por Felipe de Bigarny, o Vigarny, o Buiguerny* (con los tres apellidos es conocido este artista, pero a ninguno le atinó Rodríguez);
> *Hans Halbein,* por Hans Holbein;
> *Andrea Palladios,* por Andrea Palladio;
> *Basilina de Vicencia, por* Basílica de Vicenza;
> *La Arcadia, de Jacopo Samnasaso,* por Arcadia, de Jacopo Sannazzaro;
> *Pantogruel y Gargantúa,* por Gargantúa y Pantagruel.

Es interesante apuntar que todos esos errores se encuentran en una sola página, la 50.

Estos antecedentes bastarían para que el licenciado Rodríguez encabezara la Antología de la Antiliteratura. Pero se dio tiempo para añadir otro, por cierto un tanto extraño. El mismo Instituto Sonorense de Cultura publicó en 1999 *Vasconcelos. Cuatro semblanzas y una anécdota,* con artículos de cuatro colaboradores, uno de ellos, el abogado Rodríguez.

Bajo el rubro *Boceto biográfico,* escribe:

> Se matriculó en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, por eliminación. Sin aptitud para el cálculo, la Ingeniería

> le estaba vedada. Una larga convivencia con estudiantes de Medicina le había revelado la exigencia de memorizar todos los huesos con sus facetas y articulaciones. Perdidos y encaminados desde el comienzo hacia la especialización, lo que menos se preguntan era lo único que le hubiera interesado: el secreto de los procesos del pensamiento, la teoría de la voluntad o la psicología del amor.

¿Dónde había yo leído eso, dónde, dónde? Eché mano de *Ulises Criollo,* de Vasconcelos, y leí:

> Me había matriculado en la Facultad de Leyes, por eliminación. Sin aptitud alguna para el cálculo, la carrera de Ingeniería me estaba vedada por mi naturaleza. Una larga convivencia con estudiantes de Medicina, me había revelado la exigencia a que se les sometía de aprender de memoria los nombres de todos los huesos con sus facetas y articulaciones. Perdidos, así, en el detalle, y encaminados desde el comienzo hacia la especialización, lo que menos se preguntaban era lo único que me hubiera interesado: el secreto de los procesos del pensamiento, la teoría de la voluntad o la psicología del amor.

¡El licenciado Rodríguez sólo había cambiado la primera persona por la tercera de lo que se halla estampado en *Ulises Criollo*!

Probé con otros párrafos. Rodríguez escribe en su "boceto biográfico":

> Pallares hablaba apoyando el mentón en el puño de oro de su bastón, y con gala de impertinencia, exclamaba: -"esto no se los explico porque ustedes no me entenderían".

Y se lee en el libro de Vasconcelos:

> Hablaba apoyando el mentón en el puño de oro de su bastón y con gala de impertinencia, exclamaba: "Esto no se los explico porque ustedes no me entenderían".

Rodríguez:

> Vagando desilusionado por el jardín de las Cadenas, costado de Catedral, se detenía a menudo en las alacenas de libros de lance. Era casi una academia popular donde se encontraban el erudito y el vago...

Vasconcelos:

> Vagando desilusionado por el jardín de las Cadenas, costado oriente de la Catedral, me detenía a menudo en las alacenas de libros de lance. Era aquel sitio casi una academia popular donde se encontraban el erudito y el vago...

Muchas otras páginas se repetían, con la única diferencia que el de Oaxaca relataba su vida en primera persona, y el de Sonora, en tercera. ¿Quiere esto decir que cuantos quieran hacer "bocetos biográficos" del general Obregón, de don Adolfo de la Huerta, del general Rodríguez, de José López Portillo, etcétera, sólo tienen que contar en tercera persona lo que López Portillo, Rodríguez, De la Huerta, Obregón, etcétera, dejaron escrito en primera? ¡Rara y estéril ocurrencia!

El mismo libro para dos concursos

Una de las cláusulas que obligadamente aparece en toda convocatoria literaria es la exigencia de que el trabajo que concursa no haya sido publicado. En algunas se prohíbe, incluso, que esté participando en otro certamen. Se pretende eliminar la posibilidad de que dos instituciones diferentes premien y publiquen el mismo texto.

El Concurso del Libro Sonorense ha puesto en sus convocatorias, desde siempre, tal cláusula. Sin embargo, en la primavera de 1994, el mismo día que se citó para presentar el libro *La frontera como ruptura*, de Martín Piña, ganador del concurso de ensayo 1992, al director del Instituto Sonorense de Cultura le entregaron un ejemplar de *Frontera y literatura*, del mismo autor, que la Universidad de Sonora comenzaba a distribuir.

La ceremonia prevista se llevó al cabo en medio de un escándalo. El director del Instituto denunció que, con excepción de 15 páginas, los dos textos eran iguales. De acuerdo con el colofón de la edición universitaria, ésta se había terminado de imprimir en diciembre de 1993, mientras que la del Instituto se había terminado en abril de 1994. En rigor, se estaba premiando una obra ya publicada, en contravención de la convocatoria. El rector de la Universidad, Jorge Luis Ibarra Mendívil, no hizo ningún comentario pero ordenó que se investigara el caso.

Bajo el título *Frontera y literatura* decía: *(La expresión de una ruptura histórica en la obra de Miguel Méndez)*, y bajo el título *La frontera como ruptura, La simbolización de una ruptura en la obra de Miguel Méndez.* El índice en el texto de la Universidad era, después de la Introducción, éste:

Capítulo I. Espacio fronterizo (en la edición del Instituto, El contexto fronterizo)

Capítulo II. Visión de la frontera en *Peregrinos de Aztlán* (Igual en el otro texto pero agregando El cronotopo fronterizo en *Peregrinos de Aztlán* y El proceso de la enunciación).

Capítulo III. Visión de la frontera en *El sueño de Santa María de las Piedras* (igual en el segundo texto, con el agregado Una visión del mundo fronterizo).

A los dos libros les diseñó la portada Eleazar Bórquez (Cheyk), y como burla adicional, en la página legal de la edición universitaria se lee esta anotación:

> Esta publicación ha sido realizada por el Departamento de Letras y Lingüística de la División de Humanidades y Bellas Artes de la Universidad de Sonora, con el patrocinio del Gobierno del Estado de Sonora a través del Instituto Sonorense de Cultura.

Al fin de cuentas, el Instituto pagó las dos ediciones.

El autor trató de defender lo indefendible pero al final aceptó su responsabilidad y el asunto terminó. ¿Hubo fraude? ¿Ameritaba la falta una sanción en la Universidad? ¿Afectó el expediente del

maestro Piña? Nadie se puso a averiguarlo. En Sonora, en estos casos se da vuelta a la hoja, y a otra cosa, mariposa.

¿Cómo andamos en cursilería?

Quienes carecen de sensibilidad para apreciar el romanticismo, confunden esta corriente o actitud literaria con lo cursi. Con desparpajo y sin reflexión, se desgrana la calificación sobre autores del pasado que no hacían más que seguir los modelos en boga. Matilde de Gálvez, la heroína de *Luis es un don Juan* (1937), de Enriqueta de Parodi, sale en tren de México a Nueva York, donde abordará el Queen Mary con destino a Europa. Es su forma de huir del amado, cuyas infidelidades son incurables, e ir en pos de la libertad. Iba a vivir en Bélgica, donde desempeñaría una misión diplomática.

Hoy suena cursi ubicar las acciones en el extranjero, pero no lo es. Tampoco es una obligación limitar el escenario de la narración al barrio en que se vive, como lo hacen Ernesto García en *Pico de gallo* y Armando Zamora en *El que se raje es puto,* o en una región de Sonora, como Guillermo Munro en todas sus novelas.

Tampoco es cursi la novela *Agro, la honda tragedia de un campesino* (1958), de Manuel Muñoz, sino más bien simplona, como que el autor no tenía nociones de literatura.

Flora, jovencísima, casa con un bastante maduro ranchero, viudo, y se enamora del hijo de éste, Guillermo, quien pone tierra de por medio para no ceder a la pasión: se alista en la Legión Extranjera y obtiene, con el paso de los años, el grado de general. Flora se convierte, viviendo en Italia, viuda ya y virgen (porque el problema de su marido no era agrario sino glandular), en una gran cantante de ópera. La vida permite a los dos enamorados encontrarse en Nueva York y deciden casarse. Pero un admirador frustrado la mata a las puertas mismas de la catedral de San Patricio. El autor, que por fortuna no reincidió en la escritura, titula *Flora, virgen hasta el fin,* la segunda parte de su obra.

A veces los novelistas sonorenses acuden a recursos sensibleros, no por cursilería, sino porque son deficientes en los otros recursos, los literarios. En *El fauno y el mar* (1997), Margarita Oropeza inunda su texto de lágrimas.

Miguel *se encerró a llorar por su crimen* en la página 23; *lloró como un niño* en la 29. En la página 111 *Nancy comenzó a llorar;* dos páginas adelante *salió furiosa y en llanto.* En la 116 vuelve Miguel por sus fueros, ¡y en qué forma!: *...pudo liberar un sollozo atenazado en la garganta y las lágrimas salieron solas* (sic)... *Lloró totalmente durante minutos y minutos... Lloró igual, exactamente igual que la noche de tormenta...* En la 130, Nancy discute con Miguel *comenzando a llorar,* lo que hace que él le exija: *No llores, chingado...*

En la página 188 hay en Miguel *un quemante deseo de llorar,* y en la siguiente, una redacción confusa impide saber si es él, o Pablo, su hermano, quien *tenía la cara bañada en lágrimas.* En la página 204 Pedro, otro personaje, entra a la competencia, pues *las lágrimas corrieron por su cara.* En la 218, Miguel encuentra a Pablo y *le empezó a decir bromas mientras la voz se le cortaba y las lágrimas amenazaban con salirle* (sic). En la 228, otra vez juntos los hermanos: *Miguel lloraba... Pablo, quien también sollozaba en un rincón... Miguel sacudió el rostro mojado por completo.* En la 230 se reconoce lo que a estas alturas sabe bien el lector: que Miguel *lloraba por el menor motivo.* Y en la 233, ¡al fin!, la autora informa que tiene Miguel *la mirada seca.* No habrá más lágrimas pero no por falta de ganas, sino por falta de páginas. La obra ahí concluye.

Defiendo, pues, como libres de cursilería, no sólo las tres novelas que he mencionado, sino todas las que comparten sus características. Pero me declaro incompetente para defender *Griselda la desconocida* (1968), de Catalina Acosta de Bernal, dedicada

> A la juventud que nutre su espíritu en las lecturas de todos los matices literarios, hago esta mínima aportación de estilo antañón, en malogrado trasunto de un bello y sugerente lirismo finiquitado.

No puedo defenderla frente a estos párrafos del prefacio:

> Descalza, mi alma emprende la jornada por los augustos espacios del acontecer ficticio que palpita en el renglón de los libros, almos tesoros e incomparables amigos; absor-

> ta, bate alas bañadas de luz y melodías, camino a lo alto, huroneando el paisaje azul de lo desconocido y remoto. Hay en mi corazón aleteos ocultos, callados regocijos, arrebatos que tocan a presagios de mil augurios, e insospechadas quimeras que abruman, pero que a poco se trocan (sic) en esperanzas lisonjeras, en promesas de maravillas y locas alucinaciones.
>
> Así, poseída, he dado pábulo a la aventura de este ensayo, ¿qué sé yo?, de este minúsculo cuentecillo, si acaso, por ser muy lerda mi pluma y parvo mi pensamiento. Mi mano convulsa mueve la péñola que traza el relieve de mis sueños de fantasía y cato por ello que el fallo me será adverso, mas en el vehemente deseo de expresarme no habrá tregua y probaré de nuevo cuanto pueda, prendida a la deriva de una esperanza y puesta mi alma de rodillas.

Estas son las primeras líneas de la novela:

> La alborada de aquel día otoñal, con sus magníficas coruscaciones, pintaba la tierra con brillantes escarceos de mágico berilo y arriba, en el celeste palio: centelleo iridiscente a modo de embrujo anodino, y sortilegio espléndido de amor y de paz.

Hay cosas que no tienen remedio.

8

De las carpas al Teatro de la Ciudad

La carpa, refugio del teatro

Está debidamente documentado que a fines del siglo XIX y en los primeros años del XX venían a Sonora excelentes compañías de teatro. Nuestros bisabuelos y abuelos tuvieron el privilegio de admirar y aplaudir a doña Virginia Fábregas y a la gran María Tereza (así lo escribía) Montoya y a muchos otros artistas. Pero después de la Revolución, tal vez por el avance del cine, el teatro perdió terreno, aunque no por completo. Halló refugio en las carpas.

Bajo enormes tiendas de lona, que se instalaban en el baldío más cercano a la población, actuaban las compañías de artistas que hacían de todo: bailaban, cantaban, le entraban al sketch, la comedia y el drama de mucha lágrima. El público se acomodaba en las sillas plegadizas de luneta o en las gradas de tosca madera de galería; en la luneta, las personas mejor vestidas y educadas, y en galería, los que se emocionaban con las bailarinas y les gritaban piropos atrevidos.

Las carpas no eran seguras. *Orientación* (11 de agosto, 1919) informa que un fuerte viento tiró sobre el público la de la Compañía Acróbatas y Variedades, y aunque hubo algunos golpeados, ninguno de seriedad, tuvieron suerte: en el interior había mecheros de gas encendidos, y el viento los apagó.

La carpa de Enrique Rosas era, entre las varias que venían a Sonora al menos un par de veces al año, la que dedicaba más tiempo al teatro. Se daba una obra distinta cada noche, siempre con una enseñanza moral, como *Santa*, basada en la novela de Federico Gamboa, o bien obras de Benavente o adaptaciones libres que hacía el propio don Enrique, un hombre de voluminosa humanidad y tronante vozarrón.

Los actores por lo general se apoyaban en el apuntador, agazapado bajo una concha de madera; los espectadores que estaban cerca del escenario escuchaban su voz. La obra se dividía en tres actos y los finales no sabían de medias tintas: o la pareja que había

sido desdichada lograba casarse al fin, o el marido engañado mataba al final a la mujer y su amante.

La totalidad del público seguía la acción en atento silencio, y en la segunda parte de la función era recompensado con bailes tropicales de señoras que habían sido atractivas, o boleros románticos de *crooners* de lustroso esmoquin. El cómico más popular era don Próculo Prieto y Aguado, que intercalaba morcillas relativas a personajes de la región, atrevidas pero no ofensivas. El *final de fiesta* era un baile con toda la compañía, cantos en coro desafinado e invitación al respetable para el siguiente día.

Las carpas anunciaban sus funciones en la prensa local o en la radiodifusora, si la había en el pueblo, o por el sonido de un camión destartalado que recorría el pueblo con escandalosa invitación; la más eficaz era la publicidad que hacían entre sus amigos quienes habían asistido la noche anterior. No había aún televisión y el cine podía esperar a que la carpa se fuera. Cuando esto ocurría, se daba una función especial, a veces con la oferta de dos personas por un solo boleto. Pero lo triste era ver, al día siguiente, cómo desmontaban la carpa, los postes que la sostenían, las gradas, y cargaban todo en camiones para irse a trabajar a la siguiente población.

Durante semanas sentía uno la ausencia de la carpa al pasar por el baldío desierto.

Tentaciones y prejuicios

Hoy el teatro, si bien no totalmente desaparecido, es motivo de nostalgia. Rifan el cine y la televisión, y si me dejan ir más adelante, la Internet y las películas rentadas. Pero aquel teatro de dispareja calidad fue parte de la vida de nuestros antepasados y, por tanto, arte bombardeado de prejuicios.

En sus sabrosas crónicas del *Guaymas de ayer* (pp. 75 y 76), don Alfonso Iberri describe una de las tiples que sembraba inquietudes a principios del siglo XX:

> La primera tiple y atracción era una italiana rolliza y desahogada, que en la capital de la República había sido, alternativamente, ovacionada y siseada. Pina Penotti, que

> cantaba en español, pero con el acento propio de su lengua. Desempeñando el papel de doña Juanita, en la zarzuela de este nombre, en gran parte de la concurrencia provocó multitud de comentarios, con matiz de escándalo y asombro, por las ropas ligeras que vestía (faldas hasta la rodilla y camisa descotada).

El Imparcial, de Guaymas, anuncia el 28 de diciembre de 1909 a *la coupletista y bailarina Carmencita Higares, aplaudida también en Europa y América,* que actuará esa noche en el Salón Rojo, y cierra la información así:

> NOTA IMPORTANTE. Como esta empresa tiene la obligación de respetar al público, y sobre todo a las damas, cualquiera canción o cualesquier couplets, lo mismo que los bailes, no traspasarán lo más mínimo la más extricta moralidad (se respeta la ortografía del original).

En 1910 vino a Sonora la compañía de Blanca Coromi, famosa en México porque salía interpretando a nuestra madre Eva con la tradicional hoja de parra. Aquí no tuvo esos atrevimientos, pero algunos preocupados moralistas, anticipándose a lo que pudiera suceder, pidieron a las autoridades que no permitiera las funciones. Sin embargo, la Coromi no dio motivo de queja y todo se quedó en la imaginación de los espectadores.

En el periódico hermosillense *El Sol,* del 21 de marzo de 1922, se habla de la actriz dramática Mercedes Navarro, y se la describe en el escenario

> Con una falta corta, completamente dernier, que dejaba ver hasta las rodillas las piernas delicadamente esbeltas, graciosa y feliz.

En el *Álbum del Mayo y del Yaqui,* el editor Raúl E. Montaño se regodea al contar cómo bailaban, en Navojoa, en 1920, las hermanas Celia Montalván e Issa Marcué,

> ¿No dejó de extrañar y escandalizar un poco el pudor provinciano y retrasado del público de entonces. Sin embargo, el arte triunfó al fin y por primera vez pudimos admirar aquí, las danzas clásicas, los bailes exóticos, el cuerpo grácil y fino como una figurilla de Tanagra, que Issa revelaba entre los compases de la música sensual y la espuma de sus gasas de seda.

Una de las actrices más bellas que en aquellos tiempos sembraron tentaciones en Sonora se llamaba Dorita Ceprano. Cantaba en el Salón Modelo, cuenta el diario *El Tiempo* de Hermosillo (16 de marzo, 1936) y la describe con elocuente brevedad: *Rubia, de boca roja y pequeña. Altiva.* El cronista de Guaymas Juan Ramírez la retrata *totalmente desnuda (Sucedió en Sonora,* p. 104). Supongo que llevaba una malla ceñida al cuerpo, pero lo que importa es la ilusión. El cronista subraya que el público guardaba un silencio arrobado ante la belleza hecha mujer, y que muchos años después, viejos guaymenses la identificaron en la anciana que venía con un circo. Pero *El Tiempo* informó, el 9 de julio de aquel 1936, que Dorita había muerto al caer en tierra el avión en el que daba un paseo. Los dioses se la llevaron cuando aún era bella.

Si en tantas décadas la moral estuvo pendiente, con las tijeras de la censura, de las puestas en escena, ¿cómo extrañarse del escándalo que aún en la actualidad acompaña a una obra de teatro en la que una o dos actrices locales se atreven a hacer un desnudo parcial, o al desnudo total que hizo un bailarín del grupo *Barro rojo* en el Auditorio Cívico del Estado, en 1993?

La noche que expulsaron a la política del teatro

El cine y el teatro no fueron rivales más que en la imaginación de los cronistas. Aunque el primero deslumbró como invento del siglo, estuvo mudo varios lustros. Pero inclusive cuando el predominio del cine hablado quedó en evidencia por las grandes masas que atraía, nadie le daba la espalda al teatro. Las grandes salas que se construyeron en los años cuarenta consideraban un escenario de amplia boca y varios metros de profundidad, adecuado para montar obras.

El más viejo de todos era el Noriega, de Hermosillo, que venía del siglo XIX. Pero los nuevos: El Nacional y el Sonora en Hermosillo; el Teatro Obregón en Cajeme; el Río Mayo en Navojoa; el Diana en Guaymas, tenían cupo enorme, y en cuanto se conoció el aire acondicionado, procedieron a instalarlo. Aunque no se mencionen aquí, debe entenderse que surgieron cines prácticamente en todas las cabeceras municipales importantes. El teatro y el cine pudieron haber seguido conviviendo mucho tiempo pero hubo un factor que se interpuso: la política. Me parece importante recalcar que la política con minúscula.

Las reuniones de los partidos solían efectuarse en las plazas públicas, tanto para escoger candidatos como para realizar mítines de propaganda. Los miembros de esos partidos y los simples curiosos ocupaban las bancas de la plaza, si las había, o llevaban sillas de madera, o se guarecían bajo la sombra de los árboles. Consumían refrescos y paletas y devoraban los dulces y antojitos que ofrecían los vendedores ambulantes. Dejaban, al terminar el acto político, tapizado el piso con hojas de tamales y envolturas de papel, vasos y platos de plástico y volantes de propaganda. El Ayuntamiento sabía que muy temprano, a la mañana siguiente, tenía que enviar personal que barriera la abundante basura.

Quién sabe cuándo se le ocurrió a un líder que no tenía sentido estar incómodos en las plazas, si se contaba con cines y teatros donde la gente podía aguantar más discursos y más largos, y procedieron a instalar sus mantas, banderolas y carteles en las salas que habían estado dedicadas al arte. Las desocupaban a tiempo para que más o menos recogieran la basura antes que llegaran los cinéfilos, que percibían la presencia de los invasores, aunque ya se hubieran marchado, en el aire apestoso a nicotina y el desaseo de los baños.

En 1980, el gobernador Alejandro Carrillo Marcor inauguró la planta baja de la Casa de la Cultura de Hermosillo, y el gobernador Samuel Ocaña García la terminó al año siguiente. Se planeó para que quien quiera tome clases de canto, danza, teatro y pintura, y para que los artistas se organicen y exhiban allí sus habilidades creativas. Pero la primera actividad no fue una exposición de artes plásticas o una función de teatro, sino un acto político. El presi-

dente José López Portillo y sus colaboradores celebraron allí la V Reunión de la República, durante la cual, como en las reuniones similares efectuadas en otras entidades federativas, se revisaron problemas nacionales y soluciones posibles.

En lo sucesivo, cada vez que un partido o una central del PRI necesitó llevar a cabo asambleas, congresos u otras actividades similares, solicitó y obtuvo permiso para utilizar el gran espacio que llaman "plaza central". Y en los muros eran colgadas grandes mantas con letras chuecas, a veces con faltas de ortografía, banderolas y pancartas. Como era un edificio público, las agrupaciones políticas creían que las autoridades estaban obligadas a prestarlo gratuitamente. Por demás está decir que el inmueble quedaba hecho un asco y que era necesario lavar los baños a manguerazos.

El 24 de junio de 1995, después de casi quince años de haberse iniciado, el gobernador Manlio Fabio Beltrones inauguró el Teatro de la Ciudad de la Casa de la Cultura. Como la noticia por sí misma era de notable trascendencia, pocos pusieron atención en lo que, al agradecer la entrega de la obra, pedí al mandatario en mi calidad de director del Instituto Sonorense de Cultura:

> Que no se preste ni se alquile este teatro a los partidos políticos ni a las centrales obreras y campesinas para que hagan aquí sus reuniones y asambleas. Y si es posible, que la prohibición se extienda a la Plaza Central.

El gobernador no hizo una declaración expresa ni afirmativa ni negativa, pero nunca volvieron a verse esos recintos retacados de políticos gritando consignas y ensuciando locales sin el menor respeto a la cultura.

Cuento la verdad

El 25 de junio de 1995, en el suplemento *Perfiles*, de *El Imparcial*, una columnista venenosa y amargada escribió: "Qué bueno que el licenciado Carlos Moncada, actual director del Instituto Sonorense de Cultura, es el que en forma astuta se está llevando los lauros de inaugurarlo".

Yo cumplí mi obligación de lograr que el teatro fuera terminado y comenzara a funcionar. Si hubo lauros, que el lector lo decida con los siguientes hechos.

En 1994 hubo en la Casa de la Cultura un homenaje al que asistió el gobernador Manlio Fabio Beltrones. Al terminar, le pedí que me acompañara a ver el teatro, con la promesa de que no invertiría más de diez minutos. Aceptó. Entramos al teatro que estaba en penumbra pero con el escenario, en cuyo centro estaba un piano, bien iluminado. Por el sonido se escuchaba un *Estudio* de Chopin, y se tenía la impresión de que alguien tocaba. El efecto era hermoso.

El gobernador tenía conocimiento de las inversiones que había absorbido aquel inmueble y estaba un poco decepcionado porque a pesar de los fondos que había autorizado en más de tres años de gobierno, no veía el final. Le garanticé que con $350,000 lo pondríamos en marcha. Poco después me citaron a una junta, en su oficina, con el Secretario de Infraestructura y Desarrollo Urbano y dos técnicos, quienes aseguraron que con $200,000 terminarían por completo la obra para el día último de enero de 1995. Se habían hecho tantas promesas a lo largo de los años, que pedí al gobernador que no se publicara esa promesa. Y por fortuna, no se publicó porque al entrar a febrero todavía quedaban pendientes.

Finalmente, como queda dicho, el 24 de junio fue inaugurado el Teatro de la Ciudad (recibió ese nombre como resultado de una encuesta de prensa), aunque hasta julio de 1996 firmé de recibida la subestación eléctrica y pudo hablarse de la terminación en 100%. Sólo me falta confesar que yo propuse el 23 de junio, maño-samente, porque es el día de mi cumpleaños, pero a última hora le avisaron a Beltrones que en esa fecha era la graduación de su hija, y cambió la ceremonia de inauguración para el día siguiente. No puede tenerse todo.

9
Aquí vivimos

Ni modo. Nacimos aquí. Vivimos aquí. Si en un concierto de música clásica o en una ópera, alguien aplaude cuando no es tiempo aún, no hay que levantar la cabeza y localizar al culpable. Con la pena que sienta por haberla regado es suficiente. Hoy por él, mañana por nosotros.

Vivimos aquí. Asistimos a una exposición de pintura y tememos que un reportero nos pida nuestra opinión sobre los cuadros. Nos gustan o no nos gustan pero no sabemos explicar por qué. El reportero que anda entre el público, grabadora en mano, interrogando, nos puede meter en líos. Que no te importe. Entre toda esta gente, el que menos sabe es el reportero. Los periódicos no le dan importancia a la cultura y mandan a eventos de esta índole a los principiantes.

Vivimos aquí, donde la presentación de un nuevo libro es una fiesta, chica o grande, pero fiesta. Se advierte en que el autor y sus comentaristas aparecen con traje y corbata. Y llenan las dos primeras filas del aula o auditorio la mamá, las tías, los tíos, los hermanos y hermanas, los primos y primas del autor; su esposa o su novia (o la esposa y la novia, pero separadas), los suegros y los cuñados; los vecinos, que no pudieron evadir el compromiso aunque están orgullosos de que en el barrio haya un escritor. Hay en el presidium tres comentaristas y un moderador. Todos hablarán. Y también el autor. La velada dura una eternidad. Suenan dos celulares y sus dueños se van a contestar afuera. Uno es inteligente y no regresa.

Según los comentaristas, el libro es una maravilla, pero sólo unos cuantos lo compran. Piensan que cumplieron con el autor al haber ocupado una butaca. El moderador inquiere si alguien quiere hacer una pregunta, y le responde un silencio absoluto. ¿Qué van a preguntar si no han leído el libro? A veces un palero formula una pregunta tonta en tono muy serio, y el autor le da una respuesta muy seria con tono tonto. Pero lo que todo el mundo quiere es que termine el martirio y salir al patio o jardín a fumar.

Ahí desquitan el aburrimiento con los bocadillos que se colocan en mesitas y que parecen seres alados: ¡vuelan! Hay vino malo pero ¿a quién le dan pan que llore? Se sirve en vasitos de plástico. No falta quién se lo derrame en la camisa. El autor y los comentaristas sudan enfundados en sus trajes. Un reportero gráfico les toma una foto; después, en la redacción del periódico, no sabrá precisar cuál es el autor. Y sería fácil hacerlo: es el que tiene la cabeza nimbada por un halo de inspiración.

Vivimos aquí. El *curriculum vitae* del conferenciante es kilométrico, a veces más largo que su conferencia. Uno asiste para saber qué va a decir, y los organizadores tratan de convencerlo a uno, con el currículo, de que escucharemos verdades monumentales. El conferenciante lee un bonche de cuartillas. Lo hace con voz monótona y a veces ininteligible. Los que están cerca tratan de calcular cuántas cuartillas faltan, pero a veces el conferenciante no pone en la mesa las que acaba de leer, sino detrás de las que le faltan; así el cálculo es imposible. ¿Por qué no nos mandan el texto a nuestros correos electrónicos? Mi computadora tiene un mecanismo para impedir que entre lo indeseable.

El conferenciante dice: "Y por último...", y todos revivimos. Pero es un mentiroso. Todavía agrega y agrega y agrega párrafos. ¡Atención! Sería un error cerrar los ojos para espantar el sueño. Te puedes dormir. Lo recomendable es cerrar un ojo unos segundos y después el otro. Mientras te ejercitas para lograrlo, ¡alabado sea Dios!, el conferenciante concluye. Escucha con evidente placer los aplausos. No sabe que se le aplaude por haber terminado.

Vivimos aquí, donde a pocos, poquísimos, les preocupa hablar con propiedad. Sólo a los enfermos de gramática. Dan lata a los demás con que falta aquí una coma, el auxiliar de *haber* siempre va con h, no se dice ícono sino icono, mejor influir que influenciar ¡Qué lata! Gobernadores ha habido que dicen "haiga". ¿Y qué? Nadie se ha reído de ellos. Los medios de comunicación ayudan, pero a difundir más errores. En este campo, el que pronostica el tiempo es el campeón: "En lo que es el municipio de Álamos habrá nublados, que se extenderán a lo que es el municipio de Navojoa; pero en lo que es Huatabampo..." ¿De dónde demonios sacaron "lo que

es"? ¿Se les antoja elegante? La prensa escrita anda por el estilo. El periódico *Expreso* publicó en primera plana las fotografías de los cuadros de los dos únicos pintores sonorenses que participaban en el Proyecto Akaso, que expuso en MUSAS. Muy bonitos cuadros pero ninguno de ellos era ni de Roberto Parodi ni de Gustavo Monroy.

Vivimos aquí. Se emprenden campañas de lectura. Todos deben leer. Los que andan reclutando lectores, leyeron ya *La Divina Comedia*, *El Quijote*, *La Ilíada*, *La Odisea*, *La Eneida*, *Otelo*, *El príncipe idiota*, dicen. ¿Las leyeron? "Sí, pero hace mucho, cuando estaba en la secundaria. Ya no me acuerdo", dicen. Apuesto que no han leído esas obras ni las leerán. Saben el argumento o vieron películas basadas en ellas. Y andan por ahí, con el cuento chino de incrementar el hábito de la lectura.

Aquí nacimos y aquí vivimos. Gozamos el privilegio de la carne asada, una delicia, y del buen bacanora, de la gallina pinta y las coyotas. No pidamos más. La ambición es mala.

Índice

1 Histórico o histérico 7
Con perdón suyo, don Francisco Almada 9
Pesqueira y Villa, del chongo 10
Ruibal copia a Ruibal 12
El turno de Almada el joven 14
Izábal, dictador 103 años. 16
Que lo perdonen Encinas, Faustino, Bours y demás. 16

2 Intolerancia 21
Te ceso porque no piensas como yo 23

3 Cuando nuestros maestros eran infalibles 29
Háblame de la faringe, la laringe y la esfinge 31
La *estuata* de don Benito 31
¡Qué prepa, Dios mío! 32
Lección de marxismo 35
Protestan en sus tumbas Gamboa y James 37

4 ¡Con qué frecuencia damos la nota! 39
Beethoven tumbó la tecla 41
El gran Ricci toca y yo como palomitas 43
¿Cantó? ¿Qué cantó? 44
¿Cómo estuvo la música? El ambigú, sabroso 45
La sinfonía de Christian Bach 47
Francisco Araiza me aburrió 49

5 Tonterías de bulto 51
Entre el arte escultórico y la ideología, caca 53
El mono bichi 54
No es De la Huerta, es *El piolín* 55
¿Quién metió la pata? 56
Enloquecidos cambios de ubicación 61

6 Para regarla se pintan solos 65
Los que no saben de murales, que no opinen 67
Si pierdo, hago berrinche 71
Lo mejor de la exposición, los bocadillos 74
Moralidad es retratar a la gente con ropa 75

7 Ganchos al hígado de la Literatura 79

Nuestro récord: el libro con más erratas en el mundo 81
Anclado en el primero de la serie 83
El mismo libro para dos concursos 88
¿Cómo andamos en cursilería? 90

8 De las carpas al Teatro de la Ciudad 93
La carpa, refugio del teatro 95
Tentaciones y prejuicios 96
La noche que expulsaron a la política del teatro 98
Cuento la verdad 100

9 Aquí vivimos 103

Aquí vivimos Crónicas de la incultura
se terminó de imprimir
en octubre de 2013 en los talleres de
EDITORIAL GARABATOS S.A. de C.V.
Hermosillo, Sonora, México.
Teléfono: (662) 213-25-85
garabatoseditorial@hotmail.com
La edición estuvo a cargo de la Coordinación
Editorial y de Literatura del ISC

Obras ganadoras del
Concurso del Libro Sonorense 2011

Rituales
Daniel Avechuco
Cuento

Aquí vivimos Crónicas de la incultura
Carlos Moncada Ochoa
Crónica

De la hecatombe al éxtasis
Hugo Medina
Ensayo

Venus de manos rojas
Carlos Moncada Ochoa
Novela

La víspera del guerrero
Juan Carlos Valdez
Dramaturgia

Ánimas mínimas
Carlos Iván Córdova
Poesía

La crítica como mecanismo para hacer cultura es la ruta que el autor ha escogido para reunir en este volumen una interesante selección de notas y crónicas sobre la vida artística y cultural de Sonora a lo largo de varias décadas.

Reunidas en apartados temáticos, bajo el título de *Aquí vivimos Crónicas de la incultura*, Carlos Moncada pasa revista a los gazapos y equivocaciones de políticos, funcionarios, artistas y periodistas.

Acusioso observador del acontecer cultural de su estado natal, el autor aborda diversos sucesos relacionados con la música, la escultura, la literatura, el periodismo y la historia, entre otras materias, a veces con ironía, a veces con acidez, para señalar el proceso de maduración de la cultura de esta región.

El lector encontrará en este libro anécdotas divertidas, tropiezos inesperados y relatos que advierten el quehacer cultural y el *ser* de quienes *aquí vivimos*.

ISBN 978-607-7598-53-4

CONACULTA

SEC

Instituto Sonorense de Cultura

SONORA